15

BIBLIOTECA UNIVERSAL DE MISTERIO Y TERROR

ediciones UVE





Dirección y Selección:
José Antonio Valverde



Avda. Alfonso XIII, 118
Teléfs. 413 54 94 y 413 55 43
MADRID-16

Director Editorial:
José Antonio Valverde
Jefe de Redacción:
Luciano Valverde
Portada e ilustraciones:
Victoriano Briasco
Diseño Gráfico:
Luis M. de Miguel y Paco Bravo
Dpto. de Producción:
Santos Robles
Asesores Especiales:
Pedro Montero y José León Cano

Imprime: HEROES, S. A.
Torrelara, 8.—Madrid-16

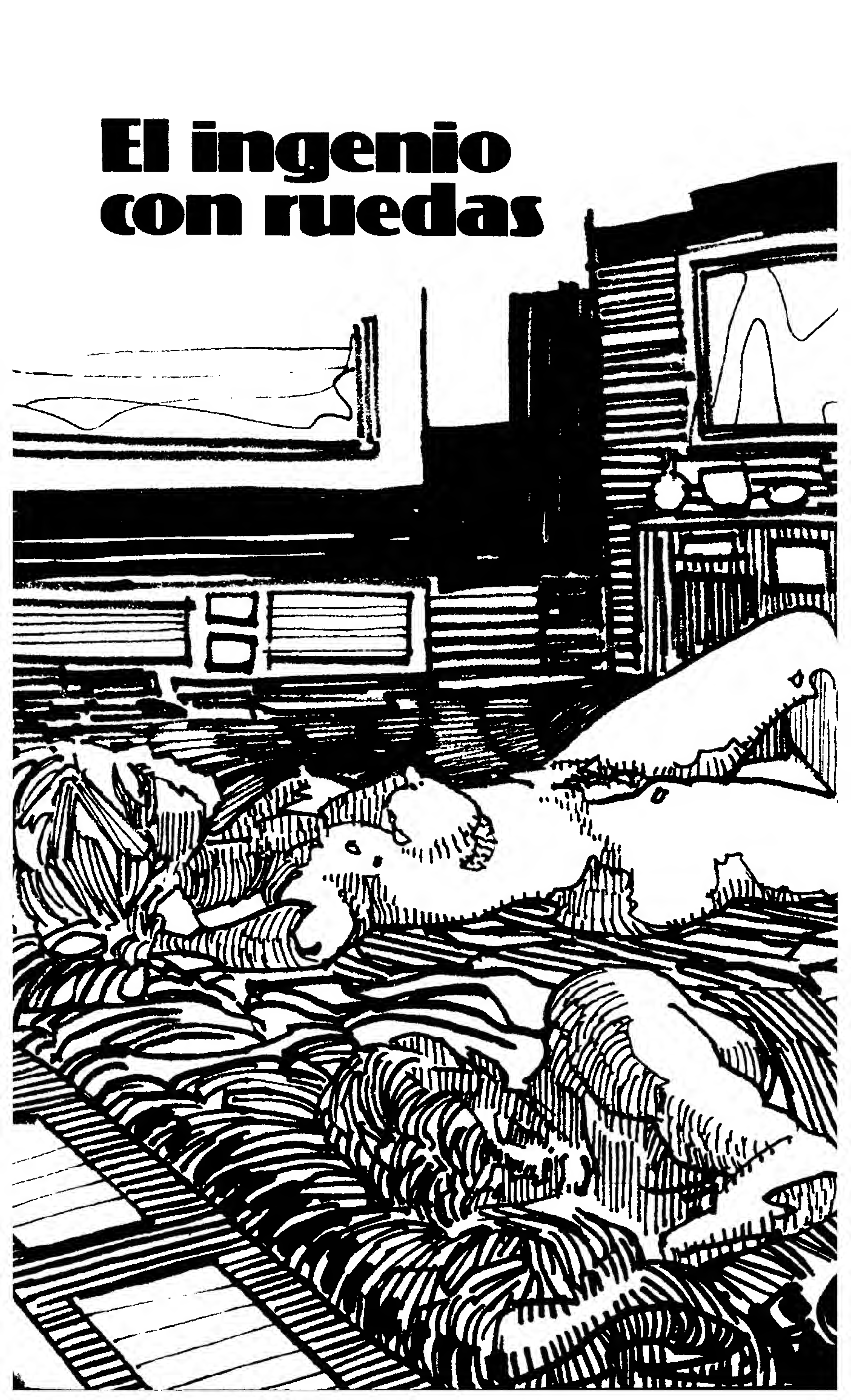
Depósito legal: M. 27.359-1981
ISBN: 84-85609-87-5

Distribuye: UVE Distribuciones

Impreso en España - Printed in Spain

SUMARIO

El ingenio con ruedas

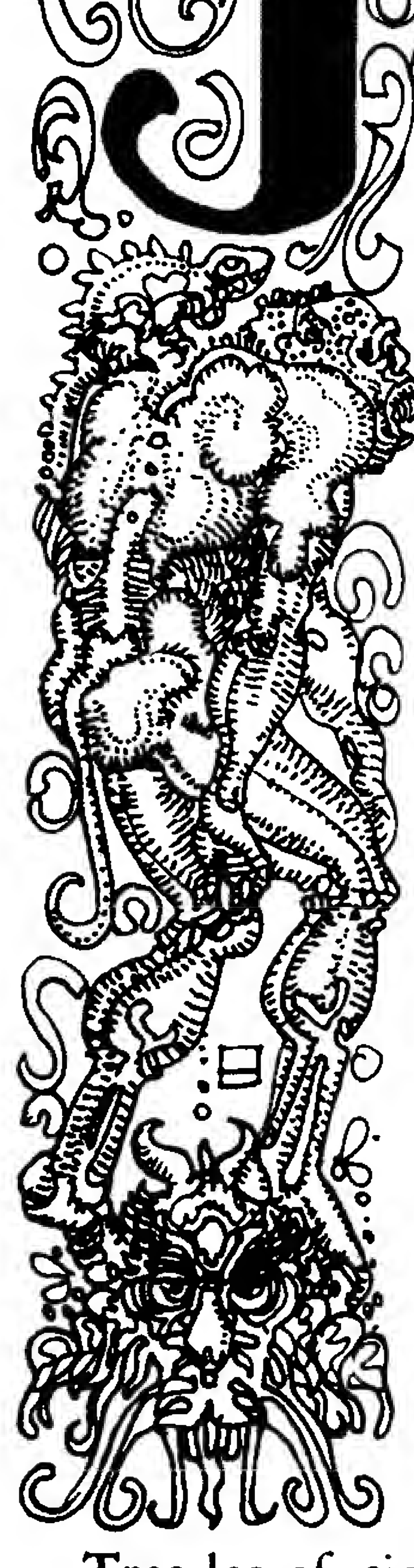




El ingenio con ruedas

Pedro Montero

«Aquello» reposaba absolutamente inmóvil, pero en una inmovilidad tensa, como cuando el perro de caza avista la presa o el leopardo se detiene para calcular el salto y caer sobre la gacela...



JORGE cerró la puerta apoyando su espalda contra ella y, una vez que oyó el ruido del pestillo, dejó que Amanda se deslizara suavemente hasta que la muchacha se encontró de pie junto a él. Sus brazos no se habían apartado ni un milímetro de su esposa durante la maniobra de descenso ni sus cuerpos se habían separado en absoluto. Simplemente la mujer había pasado de hallarse en brazos del hombre a encontrarse ahora junto a él; todo ello merced a un deslizamiento progresivo y lentísimo tan impecablemente ejecutado que a los ojos de un improbable espectador la maniobra hubiera parecido fruto de innumerables ensayos, siendo así que se trataba de una sencilla improvisación resultado del delicioso éxtasis postmatrimonial.

Tras las efusiones de rigor en una pareja de recién casados, el flamante matrimonio se dispuso a recorrer el apartamento para solazarse con la visión de lo que en adelante iba a ser su nido de amor. Pero antes de que pudieran iniciar el viaje doméstico se oyó el timbre del teléfono, como si el recién instalado aparato, gato electrónico que se pasa la mayor parte del día dormitando, quisiera demostrar a sus nuevos dueños

que estaba vivo y presto a arrullar sus oídos con amistosos ronroneos.

Jorge tomó el auricular y pronunció la fórmula que franqueaba la entrada al alejado interlocutor.

—¿Dígame?

—«Desearíamos saber si la señora se encuentra conforme con todos los electrodomésticos y si están instalados a su gusto» —dijo la voz al otro lado del hilo telefónico.

Jorge maldijo la excesiva cortesía de la tienda de muebles y procuró mostrarse amable:

—Agradecemos su interés, pero todavía no hemos entrado en la cocina. Espero que me comprenda —añadió con un punto de ironía.

El interlocutor vaciló unos instantes antes de responder y cuando lo hizo, empleando un tono de voz un tanto metálico, no pareció apreciar el sarcasmo de Jorge.

—«Entiendo perfectamente —repuso—. ¿Puede ponerse la señora?».

—La señora está ocupada —contestó Jorge comenzando a sentirse molesto por tanta amabilidad—. Créame que si hay algo que no funciona como debe les llamaremos para que revisen la instalación.

—«Si no le sirve de molestia —insistió el de la voz metálica—, desearíamos hablar con la señora para...».

—Le repito que no está —repuso Jorge con brusquedad—. Buenos días—. Y colgó violentamente.

Amanda se aproximó a su esposo y depositó con dulzura un beso en su oído como para limpiar de aquel modo el contacto y hacerle olvidar el intrusismo del comunicante que se había colado a través del auricular. No estaba dispuesta a consentir, y esperaba demostrarlo así, que un vulgar teléfono doméstico, aunque ostentosamente rojo y con teclas nacaradas, le robara el humor de su marido.

—Cuando te conocí en el despacho —dijo—, te pasabas el día escuchando a gente lejana como si tuvieras un pulpo negro pegado al oído. Ahora quiero ser yo un pulpo rojo que no se separe de tu boca y

mandarte mensajes ciegos con el «brayle»de mis labios —finalizó un tanto cursi.

—Y yo —respondió el marido sintiéndose obligado a corresponder en la misma línea— deseo ser de ahora en adelante tu único objetivo, amor mío. No quiero que te aproximes a otra cámara que no sea la matrimonial. La única publicidad que realizarás estará encaminada a promocionar tus encantos ante un único espectador: tu marido —terminó satisfecho de su poder de improvisación.

* * *

En la cocina todo parecía estar en regla. Cada electrodoméstico en su sitio y dispuesto para funcionar a las órdenes del ama de casa. Todo salvo una cosa.

Cuando los recién casados se disponían a continuar su recorrido por el piso, advirtieron que junto a la puerta de la terraza se hallaba un aparato que no había sido instalado y para el que no parecía existir hueco adecuado en la cocina. El ingenio tenía una altura intermedia entre una lavadora y un frigorífico, estaba provisto de ruedas y, en su parte frontal, de una especie de claraboya de cristal opaco semejante al ojo de las máquinas de lavar. El resto de su superficie semejaba aluminio esmaltado, y de la parte de atrás salía un grueso tubo, de goma al parecer,que tenía todo el aspecto de un desagüe. No había cables ni enchufes a la vista.

—¿Qué es esto? —preguntó Jorge. Su esposa se encogió de hombros significando que desconocía la utilidad de aquella máquina.

—Quizá sea un congelador —repuso.

—No tiene el aspecto de serlo. Además que yo sepa no hemos comprado ninguno ni estaba puesto en la lista de regalos —dijo él—. ¿No lo adivinas tú, que te has pasado años acariciando lavadoras y besando frigoríficos? —añadió sonriente.

—En absoluto —repuso ella negando con la cabeza—. Habrá que llamar a la tienda y pedir que pasen a verlo. Si antes hubieras estado más amable...

Jorge marcó el número de los almacenes y a los pocos instantes colgó airadamente.

—¡Un contestador automático! —exclamó malhumorado—. Odio esas máquinas. Me resulta imposible entablar conversación con algo mecánico.

Amanda marcó llevándose el auricular al oído y despojándose del minúsculo pendiente. Cuando los dos teléfonos conectaron entre sí, esperó unos instantes dejando pasar la retahila de advertencias grabada en la cinta y, acto seguido, se dispuso a dejar el mensaje.

—Soy la señorita... la señora Amanda Torner —corrigió—. Desearía que... ¿Cómo? —preguntó de pronto—. ¿Oiga?... Oh, perdón... creí que se trataba de una grabación... ¿Que sí lo es?... Es usted muy gracioso... ¿Sí?... Muy amable...gracias... gracias...

Jorge comenzaba a impacientarse ante la parsimonia de su esposa. Aquello empezaba a tener el aspecto de convertirse en una amena e interminable conversación.

—¡No me diga!... —continuaba Amanda—. Muchas gracias... ¿Le gusto más?... ¡Oh, qué amable!... No, no voy a rodar nada más... Mi marido, ¿comprende?... No, no... imposible. Me siento muy halagada, pero me retiro de la profesión... Comprendo...

Incapaz de contenerse más, Jorge arrancó violentamente el auricular de la mano de su esposa y dijo:

—Escuche: tenemos aquí un electrodoméstico que no sabemos... Se produjo un chasquido en la línea y hasta Jorge llegaron lenta y pausadamente las palabras: «Esto es una grabación. Si desea dejar un mensaje espere a oír la señal y...».

—¡Imbéciles! —exclamó el marido en el colmo de la irritación—. ¿Qué te decía ese cretino?

—Tranquilízate, por favor. Ha estado muy amable. Me comentaba que ha visto todas mis películas publicitarias y que le gustan mucho. Le encantaría que siguiera rodando. Eso es todo.

* * *

—Encantado de servirla, señorita Amanda —exclamó el empleado cuando ella abrió la puerta.

Una vez en la cocina, el mecánico se enfrentó con «ese ingenio con ruedas», como lo calificó Amanda, y estudió detenidamente su exterior. Jorge se sentó en una silla dispuesto a no perderse un detalle de la operación ni una palabra del empleado, como si se tratara del mismo hombre del teléfono.

—No —respondió el empleado a una pregunta de Amanda sin dejar de manipular el aparato—. No era yo. Los mensajes se recogen en un contestador. Por cierto —continuó—, cuando repasé la cinta para anotar las llamadas me pareció que se había estropeado. Creo que era usted la que hablaba al principio, pero había muchas pausas y...

—Era yo —confirmó Amanda—, pero hablaba con alguien, un empleado muy amable. Se interesó por mi trabajo anterior y dijo...

—¿Quién es ese empleado? —preguntó Jorge visiblemente molesto—. ¿El encargado de la centralita?

—No hay ningún empleado para eso, ni tampoco centralita —explicó el mecánico tratando de abrir el aparato—. Como les he dicho, las llamadas se reciben en un contestador automático.

—Pero yo hablé... —protestó Amanda.

—¡Imposible! —interrumpió el mecánico—. ¡No hay modo de abrirlo!

—¿Se puede saber qué es? —dijo Jorge.

—Lo siento, no sabría decirle —repuso el hombre—, pero voy a intentarlo de nuevo. ¿Es cierto —preguntó dirigiéndose a Amanda— que ya no va a hacer más publicidad?

Jorge se levantó de la silla y apoyándose en el frigorífico repuso masticando las palabras:

—Puede usted jurarlo, amigo. Se acabó el estrujar lavadoras y acariciar lavaplatos esmaltados. De ahora en adelante yo tendré la exclusiva. ¡Ay! —gritó de pronto dando un salto.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Amanda alarmada.

—¡Revise la instalación de este trasto! —exclamó

él dirigiéndose al técnico—. Acaba de darme calambre.

—Es difícil —repuso el aludido con calma.

—¡Le digo que me ha dado un calambre! —repitió Jorge a gritos, mientras Amanda no podía evitar una sonrisa. El empleado miró a Jorge y haciendo acopio de paciencia dijo:

—No puede haberle dado un calambre porque la nevera todavía no está conectada.

El matrimonio dirigió sus miradas hacia el enchufe de la nevera que, en efecto, yacía por el suelo lejos de la conducción eléctrica.

—¡Muy bonito! —exclamó Jorge—. Seguro que ni siquiera comprobaron el funcionamiento cuando lo instalaron y encima se permiten telefonear a deshora para interesarse por si marcha o no marcha.

—No es costumbre de la casa, señor —contestó el mecánico. Y como Jorge no respondiera, continuó diciendo—: Los electrodomésticos se instalan y se comprueba su funcionamiento, luego se desconectan hasta que los dueños quieran enchufarlos. Ustedes, por ejemplo, estaban fuera.

—¿Quién era entonces el de la voz metálica?

—¿Qué voz, señor? —inquirió el técnico.

—Dejémoslo —repuso Jorge—. ¿Puede decirme de una vez qué es esto?

—¿Tiene usted el folleto de instrucciones? —preguntó el empleado a su vez.

El rostro de Jorge se congestionó, mientras su esposa parecía muy interesada por lo que ocurría detrás de las ventanas, tratando de ocultar un ataque de risa. Deseando hallar una excusa para abandonar la habitación unos instantes salió de la cocina pretextando ir en busca de ropa para comprobar el funcionamiento de la lavadora.

—No tengo ningún folleto de instrucciones —repuso Jorge—, ni tampoco la garantía. Eso es cosa de ustedes.

—Lo siento señor —dijo el empleado consultando una lista que sacó de su bolsillo—. No es cosa nues-

tra. Entre los electrodomésticos que hemos traído no figura éste.

Amanda regresó con unas cuantas prendas e introduciéndolas en la máquina lavadora la puso en marcha.

—¿No es cosa de ustedes? —preguntó. El empleado denegó con la cabeza y añadió—: Debe de tratarse de una confusión, pero como no sabemos quién lo ha enviado será mejor dejarlo ahí hasta que alguien lo reclame. ¿No te parece, querido?

—Si este señor es incapaz de abrirlo para que sepamos lo que es...

—No parece fácil, señor —repuso el aludido—. No quiero forzarlo por temor a que se rompa, de manera que, si lo demás va bien, me parece que debo marcharme ya.

—Le agradezco sus esfuerzos —dijo Amanda gentilmente—. Tenga, por las molestias.

—¡De ningún modo! —exclamó el empleado—. Me doy por satisfecho con haber conocido a la señorita-hogar en persona. Cuando se lo cuente a mi mujer no se lo va a creer. Es lástima —continuó ante la creciente irritación de Jorge— que se retire de la profesión y no ruede más anuncios. A todo el mundo le encantaban.

—¡Por eso mismo! —exclamó Jorge interrumpiendo—. Ya le he dicho antes que se acabó ver a mi esposa sobando cacharros.

No había terminado de decir estas palabras cuando el ritmo de la lavadora comenzó a hacerse más rápido; el tambor empezó a moverse suavemente al principio y, tras una especie de espasmo a cuyo impulso el aparato se desplazó unos centímetros, todo el ingenio fue presa de un ritmo endiablado. El movimiento se hizo frenético al mismo tiempo que se oía un zumbido cuyo tono iba ganado en altura.

El técnico se abalanzó sobre la lavadora y la desenchufó violentamente. Poco a poco fue disminuyendo aquel frenesí hasta que con un último estertor el tambor quedó inmóvil y las prendas se agolparon

contra la ventana de cristal. Amanda abrió el ojo de buey y examinó la ropa extendiéndola sobre la mesa: el pijama de Jorge había quedado irreconocible, mucho más sucio que cuando ella lo introdujo y, lo que era peor, completamente destrozado, literalmente reducido a jirones. El camisón de Amanda, por el contrario, aparecía limpio y suave al tacto, y en toda la extensión de la prenda no podía apreciarse ni una arruga.

* * *

Después de la cena contemplaron las noticias de las nueve y, tras la información meteorológica, Jorge se empeñó en desconectar el aparato hasta el comienzo de la película: no deseaba ver los anuncios porque era casi segura la aparición de Amanda ligera de ropa haciendo carantoñas a algún frigorífico y tratando de convencer a los potenciales clientes de las excelencias del producto.

Su esposa, no obstante, tuvo la habilidad de persuadirle para que no lo hiciera. Le gustaba contemplarse en los pequeños films publicitarios y odiaba ver las películas ya empezadas.

Mientras el hombrecillo aburría a la audiencia tratando de justificar las lluvias intempestivas como si él fuera el mismísimo hacedor del clima, Jorge y Amanda se besaban tan apasionadamente que no oyeron los ligeros ruidos procedentes de la cocina.

Al tiempo que el locutor deportivo exponía su perorata de quejas y lamentaciones por la escasez de las subvenciones estatales para la promoción del fútbol-sala; mientras los técnicos de la televisión ponían en antena imágenes de esquí acuático cuando de lo que se trataba era de lanzamiento de martillo; a la vez que un redactor de pelo grasiento hacía preguntas supuestamente incisivas, y que sólo eran groserías impertinentes, al presidente de un club de fútbol; en aquellos mismos instantes que precedían al pase de los

anuncios, algo se movió en las inéditas entrañas de «el ingenio con ruedas».

Un ligero temblor comenzó a agitar muy suavemente la superficie esmaltada de blanco y, en la parte frontal, justamente encima de aquella especie de ojo de buey, una sección metálica comenzó a iluminarse, débilmente primero, de forma palpitante después, hasta que aquella minúscula región adquirió el tono de un hierro al rojo vivo que no despidiera calor. A la vez, el cristal de la ventana redonda sufrió una metamorfosis y se volvió de color ceniciento, como si dentro de la «cosa» hubiera volutas de humo en continua circulación.

Suavemente, muy suavemente, «el ingenio con ruedas» comenzó a moverse con infinita precaución. Aquella pequeña sección frontal palpitaba enrojecida y en las entrañas del ingenio se entrecruzaban violentas ráfagas de humo o vapor denso en una tormenta controlada. Las ruedas continuaron girando muy lentamente y la extraña «cosa» salió al pasillo. El tubo de goma a manera de desagüe colgaba detrás como una cola lacia.

Si los amantes se hubieran vuelto cuando comenzaron los anuncios hubieran quedado sorprendidos al contemplar cómo «el ingenio con ruedas» se detenía prudentemente ante la puerta del comedor y permanecía allí sin hacer ningún ruido y con la frente palpitante. Pero no se volvieron.

Si Jorge no hubiera sido subyugado finalmente por la imagen de su esposa promocionando una magnífica lavadora superautomática, y si Amanda no hubiera encontrado tanto placer en contemplarse a sí misma, quizás hubieran podido advertir que alguien o algo experimentaba más placer todavía que cualquiera de los dos. Pero no lo advirtieron.

Sólo al final de la película, cuando abandonaban el comedor, se dieron cuenta de que en el suelo del pasillo, justamente a la altura de la puerta, había un pequeño charco de agua. Al menos eso fue lo que Jorge pensó, aunque Amanda, tras recogerlo con una

bayeta, prefirió no dar su opinión sobre lo que aquello le parecía.

Mientras en el dormitorio los dos amantes se entregaban con frenesí al combate amoroso, un gran silencio reinaba en el resto de la casa. Hubiera podido decirse que hasta el frigorífico, único electrodoméstico que permanecía en vigilia alternante, reducía el murmullo de su tiritar a fin de que alguien o algo pudiera escuchar los gemidos y suspiros procedentes de la alcoba de matrimonio.

En el rincón a que había sido relegado, detrás de la puerta de la cocina, «el ingenio con ruedas» reposaba absolutamente inmóvil, pero en una inmovilidad tensa, como cuando el perro de caza avista la presa o el leopardo se detiene para calcular el salto y caer sobre la gacela como una gran noche definitiva.

En efecto, cuando el reloj de la cocina señalaba las tres menos cuarto, una gran quietud se extendió por toda la casa, señal inequívoca del final del gran combate.

En aquellos momentos, si los aparatos electrodomésticos hubieran tenido ojos, se habrían clavado sobre «el ingenio con ruedas» esperando algo que tenía que suceder y cuyas líneas maestras estaban ya trazadas desde tiempo atrás.

Poco a poco, algo se fue agitando en el interior de aquella «cosa». Extraños mecanismos despertaron de un prolongado letargo y la frente del ingenio adquirió aquel calenturiento brillo de metal al rojo vivo. Tras una leve vacilación, «la cosa» comenzó a rodar muy lentamente, arrastrando un tubo tras de sí y, esquivando con cuidado todos los obstáculos, salió al pasillo. La cocina permaneció silenciosa, y el frigorífico procuró que su periodo de muerte aparente coincidiera con el avance de «la cosa» pasillo adelante.

Al llegar a la puerta del dormitorio se detuvo un momento. Amanda yacía en el lecho completamente desnuda y su marido, vuelto de espaldas, despreciaba,

manifestándolo con sonoros ronquidos, la suavidad de aquellos miembros y la frescura de aquella boca.

«El ingenio» se adentró poco a poco en el dormitorio y se situó muy cerquita de Amanda. La sección rojiza de la frente de aquel extraño ingenio de utilidad desconocida palpitaba vertiginosamente; la superficie esmaltada con gruesas gotas como de vapor de agua, o quien sabe si de sudor; el extraño desagüe se estremeció violentamente y a los labios de Amanda, que yacía profundamente dormida, asomó una sonrisa.

Una hora más tarde «el ingenio» regresó a la cocina y fue a detenerse no en su sitio habitual, sino muy cerca del frigorífico, que moría y resucitaba a intervalos regulares de tiempo.

En el dormitorio, Amanda se despertó un instante y, aproximándose a su esposo que yacía en la misma posición, depositó un beso en su espalda diciendo en voz muy baja: «Gracias amor mío. Gracias especialmente por la segunda vez».

El silencio se hizo entonces tan doloroso en toda la casa que hubiera podido decirse que el tiempo había suspendido su veloz carrera, cuando acontecía precisamente lo contrario.

En su rincón junto al frigorífico, «el ingenio con ruedas» se sentía muy feliz, si pudiera expresarse en estos términos lo que la máquina experimentaba. Sucesivos chasquidos y un murmullo adormecedor indicaron que algún increíble proceso se ponía en marcha en las entrañas de aquel aparato. Toda la superficie esmaltada comenzó a desprender una suave luminosidad y algunas luces fugitivas de color rosa y azul aparecieron esporádicamente en la parte superior del aparato.

La pared frontal, en la que se encontraba el ojo de buey, fue adquiriendo un ligero abombamiento que se agudizaba muy poquito a poco y el cristal de la ventanilla redondeada se volvió transparente, permitiendo ver a su través el interior de la máquina. Pero,

aún suponiendo la presencia de algún observador inteligente en la cocina, nada de lo que estaba ocurriendo en el seno de «el ingenio» hubiera podido ser deducido por éste (lo que seguramente habría sido en extremo beneficioso para su integridad mental).

Al cabo de treinta minutos la pared frontal de aquella máquina aparecía alarmantemente abombada, aunque todavía no había señales de que la pintura blanca fuera a resquebrajarse. Media hora después el alabeo del metal era tan pronunciado que algunos tornillos empezaron a aflojarse y el esmalte a saltar en determinadas zonas, pero el fenómeno parecía seguir un curso determinado y natural. A pesar de la deformación de «el ingenio con ruedas» nadie hubiera podido decir que pareciera horrenda ni antiestética: todo lo contrario. Aquella súbita hinchazón otorgaba al incógnito electrodoméstico unos perfiles amables y hasta familiares, parecía hermoso en su deformidad y había adquirido un misterioso halo de femineidad.

Al cabo de los noventa minutos desde que se iniciara el proceso, la curvatura de la pared metálica llegó a tal extremo que la máquina parecía próxima a explotar. Los rumores y los chasquidos se hicieron más urgentes, y lo que se veía a través del deformado ojo de buey era tan extraordinario que nadie hubiera dado crédito a sus ojos: aquella masa informe, aquel magma palpitante se había ido sedimentando y adquiriendo un perfil preciso y claramente delimitado minuto a minuto hasta adaptarse a un invisible molde que dio forma al prodigio.

En el minuto noventa las cosas llegaron a su término. Amanda experimentó entre sueños una dolorosa sensación de pérdida, un tremendo vacío y a la vez un considerable alivio que provocó un suave relajamiento en todo su cuerpo. Al mismo tiempo la cocina se convirtió en alucinante sala de maternidad.

La pared frontal de «el ingenio con ruedas» cedió quedando al descubierto un gran saco membranoso

que fue rasgado desde el interior. Varios líquidos de litro se vertieron sobre los baldosines y la criatura, abandonando de motu propio su posición fetal, dejó el claustro materno. Esbozó unos pasos por la habitación y la sombra de su cuerpo se proyectó sobre los electrodomésticos, que yacían provisionalmente muertos. Solamente el frigorífico dio señales de vida acelerando su epiléptico tiritar como para saludar al recién nacido.

Así como la fiera hace acopio de paciencia y espera junto a la fuente a que su presa baje a beber, cosa que hará más tarde o más temprano, así también la criatura neonata se aproximó al frigorífico y apoyando un codo en la parte superior de la nevera y la palma de la mano en su barbilla, se dispuso a esperar a su captura sin preocuparse del paso del tiempo.

Unos minutos antes de que despuntara el amanecer, Jorge soñó que caminaba a través del desierto. Un sol abrasador calcinaba sus miembros y un aire seco fustigaba su piel. Allá a lo lejos apareció la silueta de unas palmeras, inequívoco signo de la presencia de un oasis.

De repente el decorado del sueño se modificó. El suelo era rocoso y la vegetación más frondosa y lujuriante. Allá abajo, iluminada por la traicionera luz de la luna, rielaba el agua fresca de un manantial. Jorge se deslizó entre la maleza sin hacer ruido hasta que se encontró a pocos metros del anhelado líquido. Iba ya a lanzarse a una última carrera, cuando sus pies se detuvieron en seco; la pérfida iluminación nocturna le fue favorable esta vez: emboscada entre las altas hierbas había una fiera sigilosamente camuflada; dos ojos como ascuas acechaban a la espera de la presa.

Al cabo de un rato Jorge se despertó envuelto en sudor. Tenía la boca seca y una sed ardiente le devoraba las entrañas. Se incorporó en el lecho con ánimo de dirigirse a la cocina y beber un vaso de agua fresca, pero el recuerdo de un sueño tan angustioso le retuvo.

Procurando olvidar la pesadilla que le había provocado aquella sed abrasadora, salió del dormitorio. Caminó a través del pasillo y unos instantes antes de entrar en la cocina se detuvo presa de una momentánea inquietud, pero su vacilación no duró más que unos segundos, justos los necesarios para que el frigorífico se estremeciera y entrara en su periodo de reposo.

Cuando entró por fin en la cocina su mano se detuvo sobre el interruptor de la luz, y un destello de prudencia le permitió comprender que no debía iluminar la escena entrevista en las tinieblas.

Dio un paso en dirección a la nevera, pero de pronto quedó paralizado al ver que alguien se le había adelantado, y ese alguien era una fiel copia de sí mismo. Todo lo demás sucedió en un abrir y cerrar de ojos.

De la misma forma que en el intervalo que media entre el transcurrir de dos segundos se desgarran las nubes, desciende fulminante el rayo y abate el mástil del navío, que herido de muerte se hunde veloz en el abismo, igualmente Jorge se abatió sobre Jorge, y tras oprimir su garganta durante los minutos precisos, introdujo su cuerpo exánime en «el ingenio con ruedas», cuya pared frontal, curada ya de su repentino abombamiento, se cerró bruscamente oprimiendo sin compasión el cadáver de Jorge. Acto seguido se reprodujeron los extraños chasquidos y el proceso invirtió su curso dejando reducido el cuerpo en el transcurso de noventa minutos al tamaño de un óvulo fertilizado.

* * *

Cuando Jorge regresó de su trabajo al día siguiente, Amanda le recibió con un beso de bienvenida, y conduciéndole a la cocina le preguntó sonriente:

—¿No notas nada especial?

No sabemos si Jorge notó o no algo especial, pero el caso es que respondió negativamente.

—Algo que ya no está —insistió Amanda divertida.

—«El ingenio con ruedas» —dijo finalmente Jorge.

—Se trataba de una equivocación. Esta mañana vinieron unos hombres a buscarlo.

—Me alegro enormemente —repuso Jorge— era algo sumamente extravagante.

—¿Para qué serviría? —se preguntó Amanda—. Ni siquiera los empleados que se lo llevaron me sacaron de dudas. Me parece que no tenían ganas de dar explicaciones.

—No importa —dijo Jorge—. ¿Y los demás electrodomésticos?

—Funcionan perfectamente.

En aquel momento sonó el timbre del teléfono. El matrimonio se dirigió al comedor y Jorge tomó el auricular pasándoselo acto seguido a su esposa.

—Para ti —dijo.

Amanda respondió a la llamada y sostuvo una breve conversación con su interlocutor. De vez en cuando miraba a Jorge y negaba con la cabeza como indicando que la cosa carecía de importancia.

—¿Quién es? —preguntó al rato su marido. Ella tapó con la palma de la mano el micrófono y repuso:

—Nada de particular. Es Ventura, que está empeñado en que ruede con él un comercial. Una lavadora revolucionaria, o qué sé yo —dijo ella con cierta nostalgia.

—¿Por qué no lo haces? —repuso Jorge comprensivo.

—Cariño, sé que te desagrada. Te prometí que no volvería a acariciar frigoríficos ni a besar lavaplatos —dijo Amanda.

—Te ruego que lo hagas; esa idea era absurda por mi parte. ¿Por qué había de tenerte en exclusiva? Otra cosa sería si hubiera de compartirte con personas, pero en nada me afecta que repartas tu afecto entre los electrodomésticos —manifestó Jorge—. Acepta, te lo ruego.

—¿De veras? —preguntó Amanda alborozada, sin comprender del todo la razón de aquel súbito cambio.

Jorge asintió complacido y ella le lanzó un beso por el aire al tiempo que volvía su rostro hacia el teléfono.

—Me encantará rodarlo, Ventura...; sí esa era su opinión, pero ha ocurrido algo maravilloso...; mi marido ha cambiado. Ahora lo comprende mejor y me ha dado plena libertad... Sí..., maravilloso.

Amanda colgó el teléfono y de una veloz carrera se precipitó en brazos de su esposo. El rumor del frigorífico y el batir del tambor de la lavadora se hicieron más intensos, más vivos, más alborozados.






El atentado

El atentado

Fernando Martín Iniesta

Toda su existencia había estado marcada con la estrella de los perdedores, la de los hombres sin suerte y sin fortuna. Y lo había aceptado con fatalidad melancólica. Sin embargo, su espíritu se rebelaba ante la idea de sucumbir en una trampa inexorable que, en realidad, estaba destinada a otro...



SABIA que terminaría matándome. Lo he sabido siempre. El ha sido el más fuerte. Y, además, yo nunca he pretendido luchar contra él, acaso porque he tenido la certeza de que cualquier esfuerzo por mi parte sería inútil. Tampoco he tenido vocación de víctima. No creo en los héroes y cualquier sacrificio me parece estéril. Sé que ya nada ni nadie me podrá salvar. Esta bomba que han colocado sobre mi pecho, con la amenaza de que estallará si intento quitármela, cumplirá su objetivo. Bueno, el objetivo de matar a un hombre. El otro objetivo no se cumplirá nunca.

Escribo que voy a morir como el único medio a mi alcance para librarme de la muerte. Me resulta cómodo pensar que todo esto es una broma, una broma macabra. Nunca he creído en la fatalidad, y no estoy dispuesto a hacerlo ahora. Si hablo de mi muerte, al nombrarla, al convertirla en palabras, dejará de ser eso: muerte, para transformarse en letras, sílabas, nombres. Una letra, una sílaba, un nombre, ésta no podrá ser otra cosa que cuanto escriba: palabras.

En el fondo de mí mismo, esta situación sólo me produce ganas de reír. Acaso porque todo ha sido tan

súbito, tan impensado, tan absurdo, que no me hago a la idea de que pueda ser verdad. Y, sin embargo, este aparato mortal, sujeto a mi pecho, al contacto frío del metal sobre mi piel, el tirón violento de los esparadrapos que lo sujetan, es una realidad.

¡Si al menos pudiera evitar, como lo estoy haciendo ahora, que el terror me domine, podría hallar una solución! Pero temo moverme, y, al mismo tiempo, ando en deseos de abandonar esta casa, salir a la calle y gritar, gritar hasta que todos lo sepan. Eso, al menos, me hará sentir alguien, atraer la atención sobre mí. Siempre, siempre he sido un hombre gris, oscuro, pequeño, insignificante. El, sin embargo, ha sido un ser brillante —lo sigue siendo— y temo que si denuncio este hecho, tampoco me pertenezca la muerte que me aguarda, que sea de él y no mío el hilo de esta trama absurda. Nunca he tenido nada y, ni siquiera esta muerte va a ser mía. Es la muerte de otro la que va a acabar conmigo.

* * *

Enciende un pitillo con languidez. Tras la primera chupada, al contemplar la boquilla, descubre que deja manchas de carmín: «He debido pintarme demasiado los labios». Se recuesta sobre el diván y alcanza su bolso de mano desde el otro extremo de la mesa. Extrae de él un espejito y un pañuelo. Se mira el borde de los labios y, con toda delicadeza, sin apenas tocar la piel, se los limpia. Mira, después, el pañuelo manchado: «Así está mejor.» Vuelve a contemplarse en el espejo de mano mientras se aprieta los labios y se siente satisfecha. Mira el minúsculo reloj-joya de oro y brillantes. Son las siete y veinte de la tarde. Carlos —siempre será Chiki para ella— vendrá a buscarla a las ocho. Van a cenar con unos amigos; luego, una copa en cualquier sitio y después... ¡cualquier cosa! Faltan cuarenta minutos todavía. No resiste la tentación de contemplarse y admirar otra vez el modelo

color fuccssia con amplio escote y desnuda espalda —que estrena ésta noche— y entra en el dormitorio. Abre las puertas laterales del gran armario y se contempla en los tres espejos a la vez. Se siente satisfecha, bella, aunque nada joven, pero capaz de atraer las miradas de admiración de los hombres y de envidia de la mujeres. Se siente satisfecha. Chiki se lo ha dado todo, todo lo que ella quería y casi todo lo que deseaba. Vuelve al salón. Del mueble bar saca un vaso de cristal tallado, pone tres cubitos de hielo y al caer el whisky suena el teléfono: «¡Vaya, a que me quedo sin salir esta noche después de arreglada!». Se sabe la historia: «Vete sola y espérame, o mejor, no me esperes, no sé cuando podré acabar. Estoy con una comisión que ha venido de Londres...». Se serena tomando el primer trago antes de descolgar. Es una voz desconocida la que habla. El tono es impersonal, desfigurado a propósito:

—Le dijimos que recibiría noticias... Esperaba nuestra llamada, ¿verdad?...

—¿Quién habla?

—Esperamos que... nunca lo sepa. ¿La señora de Arrazu?

—Sí, diga, diga...

—¿Su esposo no ha llegado todavía a casa?

—No.

—Dígale que tenga preparados cincuenta millones. En efectivo... Que volverá a recibir noticias.

—¿Quién... quién es usted?

Han colgado. Tarda algunos segundos en comprender que ya no hay nadie al otro extremo del hilo. Por unos instantes no sabe qué hacer. Vuelve a coger el vaso y apura un largo trago. El whisky, todavía, no se ha mezclado con el hielo y conserva toda la pureza de su ardor, pero apenas lo nota: «Le llamaré. Hablaré con él, tiene que saber...». Marca el número directo de su oficina. Nadie, nadie lo coge. Vuelve a mirar el reloj-joya: «Ya han debido de salir, son bastante puntuales. Quizás esté ya en camino». Marca el número de teléfono instalado en el coche, el sun-

tuoso «Mercedes» último modelo. Apenas ha sonado la primera señal lo descuelgan:

—Digan... ¡Ah, es usted!... El señor sube en estos momentos en el ascensor. Me ha ordenado que les espere. ¿Desea algo más, señora?

Es la voz de Raimundo, el chófer. Cuelga precipitadamente y ligero.

—¡Querido!

—Pero ¿qué te ocurre?... Estás nerviosa.

Ella le abraza con ansiedad.

—¿Ha ocurrido algo?

—Han llamado...

—¿Quién?

—Han dicho que tú sabes quiénes son... que debes tener preparados cincuenta millones... Y que volverías a tener noticias...

—¿Han dicho que yo... sabía?

—Sí... y que esperabas su llamada.

—No espero la llamada de nadie.

El ríe. Su risa espontánea y segura le devuelve la confianza.

Le conoce lo suficiente como para no ignorar que nunca, sea cual sea la gravedad de una situación, tenderá sobre ella una cortina de humo. Acostumbra a mirar las cosas cara a cara.

—Una broma, querida... Una de tantas bromas como acostumbran a gastarnos. ¡Olvídala!

Ella afirma con la cabeza.

—¡Te has puesto guapísima esta noche!... ¿Me das un trago?

La mujer se vuelve de espaldas y camina hacia donde se encuentran las bebidas. El se recrea en su espalda casi desnuda y vuelve a descubrir por milésima vez, la poderosa atracción que ejerce aquella piel sobre su deseo.

* * *

Sereno. Conservar la serenidad es, en estos momentos, el único camino que me queda. Debería lla-

mar a la policía. Pero, ¿qué puedo decirles realmente? Si este aparato no falla, si está perfectamente sincronizado, ¿qué pueden hacer? Y si se trata de una broma... No. No es ninguna broma: es la muerte... del otro. Pero, ¿qué podría decirles para hacerles descubrir a los culpables? ¿Que al cruzar la puerta del gran edificio destinado a oficinas, dos hombres, con el rosto cubierto con una máscara me amenazaron y obligaron a subir a un vehículo que esperaba en marcha, que luego me obligaron a respirar de un pañuelo impregnado en algo que debería ser cloroformo, y que cuando desperté estaba en las afueras de la ciudad, con la bomba sujeta al pecho y tan solo una nota que decía: «Si intenta quitarse este aparato, estallará. Si quiere vivir regrese a casa, no diga nada a la policía y espere una llamada». ¿Qué pista puede darles estos hechos? Ninguna. Creo, que, de momento lo único que puedo hacer es conservarme sereno y esperar la llamada...

¿Quién puede desear, esperar o llorar mi muerte? Creo que nadie. He vivido veinte años fuera del país, acabo de regresar y el único ser que sabe que estoy aquí, si desaparezco, no se molestará en buscarme. Me conoce. Sabe que mis ausencias son largas, mi destino desconocido y mis actividades ignoradas. Yo me he preocupado de que sea así. ¿Beneficiarse con mi muerte? Nadie. No tengo dinero. En este viaje he gastado hasta el último céntimo. Ni siquiera sé dónde dormiré dentro de una semana. Tampoco me importa.

Creo que todo hubiese sido distinto si llego a aceptar su oferta: Hubiésemos comido juntos, hablado, él ¡naturalmente!, de sus éxitos, de sus ganancias y de su inmensa fortuna, y yo, apenas le hubiese contado alguna que otra anécdota sin importancia. Ha sido mejor así. Mejor, desde luego para él...

* * *

Raimundo, el chófer, abre la portezuela del coche y se inclina con una leve reverencia cuando entra la

señora. La mujer se ha puesto, sobre el leve vestido, un chaquetón de piel de zorro. Su amplio escote lo enmarca un collar de rubíes. Está radiante. Carlos se siente orgulloso de ella. Pero su orgullo es algo más que el sentido de posesión de una mujer hermosa, ella sabe ser —nunca se lo ha dicho por temor a herirla— el mejor escaparate de su éxito y su fortuna. Lo que esconde un gran hombre de negocios, lo suele mostrar su esposa, o su querida. Sonríe al pensarlo. La fascinación que aquella mujer ejerce sobre financieros, comerciantes y políticos le ha sido útil, en más de una ocasión, para realizar buenos negocios. A veces piensa que, más que una esposa, es un socio lo que lleva a su lado, viste, presenta y halaga. Le prende un pitillo con un encendedor de oro y se lo pone en los labios. Ella sonríe.

—Gracias.

El la mira curioso y como quien tiene un secreto que no quiere revelar, mientras le dice:

—¿Recuerdas a Santos?

—¿Santos?... ¿A qué viene ahora eso? ¡Claro que lo recuerdo!

—Puede que luego lo sepas. ¿Hubo algo en realidad entre vosotros?...

—Sí y no, según se mire... Pero todo acabó al conocerte, ya lo sabes... ¿No me digas que estás celoso ahora, al cabo de los años?

—Celoso, no. Sólo tengo curiosidad. ¿Le quisiste?

—A los dieciocho años una tiene demasiadas ilusiones...

—¿Te hice yo perderlas?

—No. ¡Qué tonterías dices!... El era el sueño; tú la realidad. Todo cuanto él me hacía soñar, tú podrías convertirlo en verdadero. Eso lo comprendí en el instante mismo en que nos presentó. Además, él rogaba; tú mandabas... ¿Te basta esto?

—Me basta.

El coche se detiene ante un iluminado chalé de amplios y cuidados jardines. El chófer abre nuevamente

la portezuela, y, con la gorra en la mano, espera instrucciones.

—Puedes marcharte, Raimundo. Alguien nos llevará a casa.

—Gracias, señor. Que se diviertan los señores.

* * *

¡No quiero morir! Por muy mísera que haya sido mi vida, es lo único que tengo... Hace ya siete horas que estoy esperando esa llamada y no llega. La llamada es la única esperanza que me queda... ¡No puede ser! ¡Esto es estúpido, absurdo, incomprensible! ¿Por qué tengo que ser yo? Yo, y no cualquier otro. ¿Por qué? Acaso porque soy el único que se le parece... ¿Y si le llamara, si le dijera lo que me ha ocurrido por parecerme a él? Sé cuál sería su respuesta: la misma que cuando le presenté a Marta: «Hay cosas que no deben ser de todos. Esa mujer no te pertenece. Nunca podrás darle lo que necesita». ¡Pero la muerte sí es de todos, de cada uno la suya! Creía que sólo la muerte podría igualarnos, ponernos la misma máscara de estupidez o solemnidad. Pero no, tampoco la muerte es igual para todos. No es la suprema justicia, sino la suprema estupidez.

Yo me libraré de ella. ¡Me libraré! Si alguien ha sido capaz de colocarme sobre el pecho este artefacto, yo sabré quitármelo. Lo haré despacio, muy despacio. Con sumo cuidado... sin que apenas se mueva... sin que...

Pero aquí me asfixio. Aquí no podrá ser... Creo que al aire libre, en el campo, tendré la tranquilidad suficiente para hacerlo... Porque esto, esto es... ¡lo único importante que voy a hacer en mi vida!

* * *

El champán les ha dejado los ojos brillantes y la palabra torpe. Sobre los ceniceros, las copas, las botellas vacías quedan los restos de una noche de alegría y placer. Casi los restos de un naufragio donde todos los náufragos se hubiesen salvado...

Ella lleva en bandolera el chaquetón de piel de zorro, y se balancea levemente al andar. El dueño de la casa le lanza a Carlos un llavero:

—¿Puedes conducir?

—Creo que sí.

—Pues llévate mi coche... Mañana me lo envías.

—Gracias.

Se besan. Alegremente se besan en una despedida que no lo será tal, ya que, mañana, volverán a reunirse.

Amanece.

Carlos pone en marcha el deportivo y su mujer intenta varias veces la entrada en el vehículo antes de lograrlo.

—¡Qué incómodos son estos bichos!

El coche arranca con un sonido de bólido animal y salvaje.

—¡Despacio, que nos estrellamos!

El hombre conecta la radio. Sobre la música, dice a su mujer:

—¿Sabes quién ha estado a verme esta mañana?

—¿Quién? —responde ella sin mucha curiosidad.

—Santos, mi hermano...

—¡No me digas...!

La radio transmite, ahora, las primeras noticias del día. La voz todavía no despierta del locutor, informa: «En las afueras de la ciudad, en el sitio conocido como «Sobrelatas», ha aparecido el cadáver de un hombre, muerto, al parecer, por la explosión de un artefacto. Dado el estado en que ha quedado el cadáver, no ha ido posible su identificación».

Ella desconecta la radio con un gesto de fastidio.

—¿Qué decías de Santos?

—Que ha estado a verme...

—¿Y qué se cuenta...?

—Apenas pude hablar con él...

La mujer, en un gesto mimoso que el alcohol convierte en pesado, le da un beso en la mejilla y se recuesta en el asiento:

—Cuando lleguemos, me despiertas...






El sonido
del pánico

El sonido del pánico

José Luis Velasco

La caja, envuelta en terciopelo color carmesí, había permanecido en poder de su familia durante generaciones. La luz de la razón le impelía a rechazar que la caja fuese portadora de un terrible maleficio; pero no podía olvidar que su madre había muerto el mismo día en que se decidió a abrirla...



NA mañana, a principios del otoño, al levantarme para ir al colegio, una mañana lluviosa y oscura a causa de un cielo plomizo que cubría la estepa y acentuaba la tristeza de los viejos pinos del jardín de mi casa; pinos que habían crecido a su antojo durante lustros y sus ramas tocaban ya los cristales de los balcones; una mañana, digo, al levantarme para ir al colegio, entró en el dormitorio mi abuela; no pasó a despertarme, como todos los días, Amelia, la doncella de mi madre, sino, cosa extraña, mi abuela, con su toca malva y las manos un poco deformadas por la artritis, limpia y sonrosada, quizás algo nerviosa, apenas nada, para decirme que me vistiera deprisa a fin de marcharme al colegio. Para decirme también que aquel día no regresaría a casa, sino que, a la salida de la escuela, me esperaría mi tía Adela para llevarme con ella durante una semana.

—¿Por qué? —le pregunté mientras, diligente, comenzaba a vestirme.

—Mamá se ha puesto enferma —contestó nada más, sin aclarar cuál era la relación entre el hecho de que mi madre se hubiese puesto enferma y la necesi-

dad de que yo no estuviese en casa por el espacio de una semana.

Tampoco inquirí ninguna aclaración, porque el tono de la voz de mi abuela y su semblante, ligeramente pálido y agitado me indicaban que la enfermedad de mi madre era un suceso demasiado turbador sobre el que yo no debía hacer preguntas. Y a la vez que llegó la abuela a mi dormitorio para decirme eso, percibí en la casa, por los pasillos del piso alto y en la planta baja, una serie de idas y venidas, movimientos y conversaciones inusuales que me sumieron en una extraña congoja; abajo se escuchaba a varias personas hablando en voz queda, voces graves de hombre, y varias veces, a aquellas horas tempranas en que jamás venía nadie a vernos, oí la campanita de la puerta de la calle indicadora de que estaban llegando visitantes. En algún rincón del piso alto creí advertir sollozos apagados, y la tristeza de aquella mañana de otoño se cargó de pronto de una angustia laxa e intemporal, como si las nubes y la lluvia y el páramo se quedasen de súbito sin tiempo, pendientes de un momento de melancolía aciaga, que yo debía disimular para irme al colegio deprisa, como si nada fuera de lo común hubiese ocurrido, pese a que comprendí en seguida que mi madre había muerto.

Cuando regresé a mi casa al cabo de cinco días, no pregunté por ella; era obvio que ya no estaba en casa. Nunca la mencioné durante el resto de mis días; sabía que había desaparecido y no regresaría jamás, máxime cuando encontré a toda mi familia enlutada, máxime cuando mi abuela se ocupó de mí apenas llegué, encargándose, solícita, de todos los cuidados que mi madre me prodigaba; máxime cuando mi padre, durante unos cuantos días, me trató con una deferencia especial; él, que apenas me hizo caso nunca, como si desease, en cierto modo, suplir un poco con alguna caricia o alguna pregunta mientras comíamos («¿qué tal hoy el colegio?») la ausencia de mi madre; hasta que, finalmente se olvidó de este ceremonial a todas luces forzado y volvió a ser el caballero lejano de

siempre: un individuo alto, con gruesas patillas, que entraba y salía de casa, o desaparecía durante varios días, con su eterno puro delgado entre los dedos.

Sólo mucho más tarde, cuando mi abuela creyó entender que yo había entrado ya en edad de razonar, la tarde de un domingo aburrido y sofocante de septiembre, cuando yo estaba estudiando en mi cuarto y ella pasó a recoger la taza de café que me había tomado después de comer, comenzó a hablarme y yo acepté gustoso su conversación porque se produjo uno de esos momentos cálidos que provocan a veces los ancianos queridos, cuanto te cuentan anécdotas o sucesos del pasado y sabes que no mienten, tan sólo adornan el relato con cierta lentitud cariñosa que no sólo te depara un conocimiento curioso de hechos ocurridos hace cincuenta o sesenta años, sino que también te permiten saber detalles reveladores de otra generación de gentes que llevan tus mismos apellidos. Entonces habló de mi madre, me hizo notar que yo nunca había preguntado nada sobre ella a partir de la mañana en que vino a despertarme diciéndome que estaba enferma, y, omitiendo detalles, me narró las circunstancias de su muerte, narración que escuché absolutamente en silencio mientras la tarde caía acentuándose el bochorno y por los caseríos aislados del campo comenzaban a ladrar los perros; un relato que, desde ese momento, le deparó a mi vida una vaga inquietud siempre presente. Anoto, resumida su historia:

«Fui yo quien la encontró a las seis de la mañana. Ya sabes que, desde hace muchos años, duermo muy poco. Me dirigí, como todos los días, hacia la cocina, para ir preparando los desayunos despacio... Sí, incluso los de las criadas. ¿Por qué no voy a prepararle el desayuno a las chicas si yo me despierto dos horas antes que ellas? Al pasar frente a la biblioteca vi luz que se filtraba por debajo de la puerta. Desde el primer momento me pareció algo muy extraño; pensé que, la noche anterior, alguien se había dejado encendida la lámpara de la mesa antes de irse a dormir.

Pero, ¿quién? Tu padre no solía entrar en la biblioteca después de cenar y mamá era muy raro que omitiese un detalle como apagar la lámpara al irse a la cama; ella era muy escrupulosa, mucho, tanto como yo, en todo lo que se refiere a detalles domésticos. De modo que abrí la puerta con la intención de apagar yo misma la luz. ¡Oh, qué espanto, Eugenio, qué espanto! Mamá estaba allí, sentada frente a la mesa de la biblioteca... Muerta. No dudé un instante de que lo estuviera, no era posible dudarlo. Pero mucho más terrible que eso fue contemplar su semblante. Se había quedado sentada, mirando al frente, recostada sobre el respaldo del sillón... ¿La recuerdas? Pienso que no se trata de pasión de madre, pero era muy hermosa, muy hermosa...

Tenía entonces treinta y dos años y estaba en la plenitud de su belleza: alta, distinguida, con el pelo dorado y una piel fina y pálida que parecía de terciopelo. Pues bien, hijo mío, todo eso había desaparecido en una noche, tal vez en unos segundos. Estaba allí, con los ojos horriblemente abiertos, desorbitados, desfigurada por una expresión indecible de terror infinito; su rostro, envejecido súbitamente, mostraba atroces arrugas de anciana, y el tono ceniciento de su piel, delataba un espantoso final presa del pavor. Sí, es cierto que el pánico encanece en muy poco tiempo, en unas horas o quizá, en unos minutos. Su precioso cabello dorado aparecía completamente blanco. ¿Cuánto duró ese tránsito de la vida a la muerte a causa del espanto? ¿En cuánto tiempo aquella mujer espléndida se había transformado casi en una anciana de aquelarre? Supe en seguida la causa, Eugenio, lo supe en seguida... Ella, no sé por qué —Dios mío, me lo he preguntado muchas veces—, no sé por qué, *había abierto la caja.* La tenía delante, sobre la mesa, cerrada ya. Su mano derecha yacía sobre la tapa, como si la hubiese bajado de nuevo cuando ya era demasiado tarde... No pudo ser otra cosa, no hay ninguna otra explicación... Sí, Eugenio, *ella la abrió...»*

En el transcurso del relato, que mi abuela refirió haciendo muchas pausas, ahogándosele a veces la voz en un llanto contenido y aniñado, la noche había cerrado por completo sobre la comarca. Los ladridos de los perros en la lejanía delataban el paso de caminantes extraños o perdidos en la oscuridad de aquellos parajes.

—¿Está aún la caja en casa? —le pregunté.

—¿Sabes tú algo de ella? —preguntó mi abuela a su vez—. ¿Alguien te habló alguna vez de esa maldición?

—No abiertamente. Pero ya conoces el instinto infantil para descubrir ciertas cosas a través de palabras aisladas, comentarios disimulados o gestos de entendimiento tan sólo, que los adultos ponen en práctica, creyéndolos indescifrables, cuando se ven obligados a tratar temas, inconvenientes delante de ellos...

—¿Qué sabes, hijo mío?

—Sé que en casa hay una misteriosa caja, incluso la vi siendo niño en cierta ocasión, cuando mamá ordenaba los cajones del escritorio grande... No me dijo nada, pero lo supe. La delató una mirada furtiva, como un relámpago, y un gesto rápido tratando de ocultarla en seguida... Una caja siniestra, según todos, que conserva nuestra familia, la rama de papá, desde hace siglos.

—Sí, mucho, mucho tiempo.

—Una caja que encierra algo... abominable, ¿no es así?

—Sí, cariño, sí...

—Pero, ¿qué es? ¿Qué contiene?

—No lo sé, ni quiero saberlo... Tan sólo puedo decirte que..., que no debe abrirse jamás. ¿Me entiendes, Eugenio? Jamás, bajo ningún concepto. Tu madre, pobre hija mía, lo hizo.

Permanecí unos instantes en silencio. Se había levantado de pronto un viento racheado que, atravesando el páramo, se filtraba por las junturas de las ventanas silbando siniestramente. Estaba en los comienzos de mi carrera de ingeniería, que había em-

prendido sin grandes entusiasmos, más bien obligado por una tradición familiar, y el contacto directo, incluso intenso, con una zona del saber puramente científica, había impregnado mis hábitos mentales de un cierto rigor sistemático que, en principio, rechazaba historias tan insólitas como la de aquellas caja que, con su carga de horror, permanecía en algún lugar de la casa.

—Yo creo, abuela, que esa historia de la caja debe pertenecer al terreno de la fábula; su poder fatídico, o lo que sea, tiene que ser una leyenda... A mamá debió ocurrirle otra cosa.

—No, hijo mío, no. Ella tenía la caja delante cuando la descubrí muerta. ¿Qué otra cosa podría haber sido? Somos una familia sin problemas o con los problemas comunes que aquejan a todo el mundo. He pensado mucho durante estos años, mucho, casi continuamente, y no hay nada, te lo aseguro, que hubiera podido producir aquel horroroso espanto devastador marcado en el rostro de tu madre...

—Pero, ¿está la caja en casa? No me has contestado...

Mi abuela me miró a los ojos dibujando en sus facciones, de formas redondeadas y limpias, una expresión severa, concentrada y absolutamente seria.

—Sí.

—Quiero verla.

La simple formulación de este deseo hizo que mi abuela se sintiera embargada de inmediato por una agitación y un nerviosismo, desacostumbrados en ella, que la hicieron ponerse en pie y hablar de forma entrecortada.

—No, no, por Dios, Eugenio... No debes verla... Ya es muy tarde, se trata de una caja normal. Me voy abajo; tengo, tengo que decir a las chicas lo que tienen que preparar para la cena... No me pidas eso...

Me costó mucho trabajo vencer la obstinación de mi abuela sobre este asunto, pero era inevitable que alguna vez claudicase: no era posible que algo tan

monstruoso permaneciese en nuestra casa eternamente oculto al único heredero; incluso resultaba necesario que yo conociese su escondrijo, y una noche de julio, cuando un sofocante bochorno se abatía sobre la llanura y el campo se pobló del remoto chirriar de los grillos y todas las ventanas de la casa permanecían abiertas para que una suave brisa tibia orease los aposentos, ella, con su paso vacilante, me condujo hasta la biblioteca ovalada, se aproximó al severo escritorio de caoba que yo había visto siempre en el mismo lugar desde mi niñez y sacando una llavecita de su monedero, abrió uno de los cajones. Envuelta en un paño de terciopelo granate, que tocó con evidente desasosiego y aprensión, como si se tratase de algo prestado, estaba la caja. Antes de retirar completamente el paño, mirándome con aquella expresión del todo severa que adoptaba cuando debía comunicarme algo solemne, insistió:

—Júrame que no la abrirás... Por Cristo crucificado, Eugenio, júramelo. Recuerda lo que le pasó a tu madre.

—No la abriré, abuela, te lo aseguro.

La caja, a primera vista, no mostraba ningún dato que produjese la menor sospecha sobre cualquier modalidad anormal: era de madera, rectangular; la tapa carecía de cerradura, por lo que se deducía que abrirla era tan sólo cuestión de desearlo. Sus dimensiones, relativamente pequeñas, evocaban la imagen de un joyero común, pero su superficie, lisa, carecía de cualquier clase de ornamentación. Se conservaba, pese a la antigüedad que podría atribuírsele según las informaciones que yo poseía, casi flamante. Ni una sola muesca o rasguño alteraba la limpieza de sus caras. Tan sólo un tono demasiado oscuro de la madera y un veteado que se marcaba profundamente delataban, quizás, un origen muy distante en el tiempo. Y, sin embargo, en el silencio de la biblioteca, teniendo próximo el páramo, cuya presencia cercana durante toda mi vida no le había restado nada de su pérfido hechizo desolador, la caja suscitaba ese instinto de

prevención vigilante, ese estado de alerta que inmediatamente provoca la presencia de cualquier ofidio; seres estáticos y en apariencia indiferentes que, sin embargo, parecen contener todo el horror de una amenaza oscura e inminente. Criaturas que incluso poseen, pese a la prevención que provocan, unas dosis de atracción que te impiden alejarte de ellas cuanto mayor es el temor que transmiten, tal es su ambiguo grado de fascinación alevosa.

—Está bien, ya la he visto —le dije a mi abuela sin hacer ningún comentario—. ¿Por qué no la tiramos? Sería una buena solución para alejarla de nosotros...

Mi abuela volvió a mirarme con fijeza y severidad.

—¿Quién sabe, quién sabe lo que eso podría acarrearnos, las desgracias que nos traería tal acción? Mientras permanezca cerrada nada ocurrirá... Está aquí desde hace siglos, y aquí debe seguir.

Los perros de los caseríos habían enmudecido, lo noté entonces. Tan sólo, de vez en vez, quebrantaban el bochorno nocturno con ese indeseable aullido prolongado que te traspasa el ánimo haciéndote presentir la presencia de la muerte en algún ámbito incierto de la noche.

Han pasado muchos años, y a esa edad en que las gentes de mi condición han accedido al calificativo de *personas respetables*, una fatídica suma de acontecimientos desgraciados y turbulentos me han arrastrado a un estado de permanente ignominia que tan sólo pueden mitigar desesperados paseos a caballo por el páramo a la caída de la tarde; paseos inexcusables que, en alguna medida, atenúan mi desolación, galopes errantes sintiendo el aguacero salpicando sobre mi rostro o el huracán azotando mi cuerpo dolorido. Apenas atiendo a mi aseo personal ni a la administración de mi patrimonio; desde que mi padre y la abuela murieron, la decadencia de la casa comienza a hacerse martirizante en el deterioro progresivo del mobiliario, en el polvo que cubre las estanterías, los marcos de los espejos, los libros... Jamás he traba-

jado; alejado de amigos y relaciones desde hace mucho tiempo, mi fortuna me ha deparado el tormento de poder saborear, detalle a detalle, durante días y años que se arrastran como siglos, el inexorable desmoronamiento de mis posesiones y de mí mismo. Ella es la causa, ¡ella!

Contraje matrimonio, muy joven, con una mujer a la que cuadran, en la actualidad, todos los epítetos que contienen el concepto de «detestable». Sigue siendo hermosa o, si deseo ser exacto, cegadoramente apetecible. La he visto cruzar mil veces por los aposentos de esta mansión opresora con la insolencia perversa de quien te ignora y eso, precisamente, provoca su placer; he acechado sus viajes a la ciudad, cuando ella se marcha a media mañana dejando en las estancias el aroma turbador de sus perfumes marchitos, el anuncio lacerante de cien frivolidades indignas, el rastro de aventuras clandestinas vividas al lado de otros hombres con la impunidad de quien se sabe inmune. A veces demora su regreso varios días, y cuando vuelve, siniestra y hermosa, con las marcas de su rostro ojeroso de días y noches de lascivia y deshonor, la congoja me sume en un silencio turbio y rencoroso que me impulsa a esconderme como un perro castigado en el último rincón de la casa o a cabalgar, desesperado y loco, por la llanura. Hace tiempo que dejé de recriminarle su conducta: sus gestos altivos, su distante arrogancia, acentuada por una diabólica sonrisa de desprecio, la implacable tenacidad con que ejerce su libre albedrío, han terminado por convertirme en una sombra errante que merodea insomne por los parajes desolados que rodean nuestra casa.

En ocasiones, desde hace aproximadamente dos años, he intentado buscar alguna ocupación absorbente que me hiciese olvidar su existencia, alguna de esas tareas cuya fascinación continuada te sume en una obsesión permanente haciéndote eludir incluso tus costumbres más arraigadas. Me he dedicado al estudio de la caja. Desde que mi abuela me la mostró

un atardecer de verano, hace ya más de veinte años, nunca había vuelto a ocuparme de ella, en parte porque jamás he sentido tal necesidad, también quiero confesarlo, a causa de un extraño recelo, algo semejante al sentimiento que producen algunos objetos que yacen en viejos armarios con olor a difunto, cuya fisonomía, reveladora de la muerte, les confieren la condición de intocables. Pero cuando me decidí a ocuparme del tema, cuando me atreví a apartar el paño granate que cubría la caja para verla de nuevo y no sabía cómo iniciar una investigación que me proporcionase algún dato revelador sobre su naturaleza o su procedencia, el azar me deparó un hallazgo espantoso.

Apenas hace dos meses, entre los papeles que mi padre dejó al morir ordenados en carpetas atadas con cintas, he encontrado una decena de pergaminos donde se habla de ella; no explican mucho, tan sólo, en un inventario de los bienes de mi familia fechado en 1780, se la nombra entre un lote de objetos que incluye piezas de mucho más valor: óleos de la escuela flamenca y española, joyas, muebles, antiguos, porcelanas... Y la caja. Se la menciona de pasada, pero con una anotación aterradora que transcribo: «... una caja procedente de las cámaras del señor Gilles de Rais, que no debe abrirse...» Tan sólo eso y, sin embargo, admito que sentí un escalofrío al leer un texto aparentemente inocuo, pero en el que golpeaba aquel nombre: Gilles de Rais, el monstruoso sádico, violador y torturador de niños, que vivió en la Francia de Juana de Arco, durante la primera mitad del siglo XV. Un sujeto abominable del que la historia consigna espeluznantes orgías cuyas víctimas eran niños sometidos a tormentos y vejaciones feroces. Esto es todo, porque no he querido profundizar más. El hallazgo de esta noticia ha detenido mis pesquisas más que impulsarme a seguirlas; es demasiado el horror que ahora me produce la caja para indagar morbosamente en un tema que me provoca náuseas. Por eso, desde hace dos meses, y tras un lapso de tiempo

inapreciable en el que conseguí eludir mis sufrimientos, he asumido otra vez la condición de espía de los movimientos de mi esposa; observador impotente de sus salidas y llegadas, entre las que existe ese deleznable periodo de sus ausencias, cuando deambulo por los corredores de la casa, por las cámaras y buhardillas, por las bodegas subterráneas, imaginando, incluso con cierta delectación insana, su risa, sus gestos, sus caricias, los detalles más nimios y más atroces de sus maniobras eróticas prodigadas a otros hombres.

Afortunadamente, mi tormento va a terminar. Este atardecer despreciable ella ha precipitado, de improviso, el final. Cuando aún no había cerrado la noche, desde la ventana de mi dormitorio he visto avanzar de regreso su coche de caballos por la carretera que atraviesa el páramo. El aire diáfano del acerado anochecer que presagiaba nieve permitía oír todos los sonidos de la llanura con nitidez. Una risa loca y convulsa rasgaba el aire de la estepa. Era suya y procedía del coche de caballos; a su lado, el rumor esporádico de una voz más grave, masculina, que se mezclaba a las carcajadas de Laura, me han hecho tomar una decisión súbita y desesperada. Regresaba acompañada. Jamás se había atrevido a tanto: una especie de puñalada abrasadora me golpeó el corazón.

Entró en el vestíbulo acompañada por un hombre maduro, alto y distinguido, vestido de oscuro. Su risa nerviosa hería las paredes, los tapices oscuros, los jarrones, las alfombras. Llegaba borracha, con el maquillaje descompuesto y su vestido desordenado, quizá, sí, más hermosa que nunca. El caballero de oscuro, más sereno, mostraba el azoramiento propio de una circunstancia que podía resultar harto peligrosa.

—¡Eugenio, querido! —gritó ella llamándome—. ¿Dónde te has escondido hoy? Baja a conocer a mister Simpson... No te va a hacer nada, cariño...

Presa de un impulso cegador salí de mi cuarto y me dejé ver en lo alto de la escalinata que conduce al vestíbulo. Mi mirada, que yo advertía cargada de esa clase de ira que anuncia una explosión de violencia,

incluso de sangre, hizo reaccionar inmediatamente al hombre.

—Caballero, discúlpeme por esta intromisión en su casa —dijo apenas verme—. He querido acompañar hasta aquí a su esposa que no se encuentra del todo bien. Insisto, le ruego que me disculpe. Buenas tardes.

Y, rápidamente, con los ademanes de un huido, abrió la puerta y salió del vestíbulo mientras ella le dirigía alguna frase confusa y despectiva en la que distinguí claramente la palabra «idiota». Poco después, mientras Laura y yo permanecíamos en silencio, quizá mirándonos con asombro, como quien se descubre de pronto, escuché los cascos del caballo alejándose por la carretera.

Lo había decidido; con el cerebro presionado por una turbulenta carga de odio y desesperación, bajé lentamente la escalera intentando no alterar mis movimientos, procurando mostrar esa calma que se traduce en lentitud cuando la cólera te ciega, pero, a la vez, tratas de contener el estallido de tus impulsos hasta el momento preciso. Me acerqué a Laura, y con un tono martilleante y pausado que conminaba a obedecer, le dije:

—Acompáñame a la biblioteca. Quiero mostrarte algo que desconoces y que está hace muchos años en esta casa.

Ella me siguió arrastrando su cuerpo sugerente con una cadencia abandonada, con el rostro sofocado por el alcohol y la excitación, haciéndome caso como quien condesciende a la petición de un imbécil.

La biblioteca estaba fría: habían comenzado a caer los primeros copos de nieve y en el páramo se escuchaban, como todas las noches, los lejanos ladridos de los perros. Saqué la llave del cajón del escritorio donde permanecía la caja desde hacía tal vez siglos y, mientras procedía a abrirlo, cada vez más tranquilo, le dije:

—Siéntate ahí, en esa silla.

La misma donde se encontraron muerta a mi ma-

dre. Y ella obedeció, justamente cuando yo tomé la caja con un escalofrío y los perros de la noche habían dejado de ladrar y se hizo un silencio absoluto en el páramo y en la casa y me acerqué a la mesa para depositar sobre ella la maldición y miré directamente a los ojos de Laura, al fondo del infinito de sus pupilas claras, con amor, es cierto, con amor, presintiendo que aquella mirada era, sí, una despedida amarga y ella seguramente lo comprendió, porque su piel palideció de pronto al tiempo que un perro perdido estremecía el frío de la noche con un aullido de muerte y yo colocaba la caja delante de ella sobre la mesa y le decía «es para ti, ábrela», y Laura adelantaba su mano cerúlea hacia el cofre y sus dedos tocaban la tapa de madera para levantarla, quizá sorprendida, expectante sin duda...

Al principio no ocurrió nada, salvo que el silencio del mundo se hizo más intenso, excepto que, desde el fondo de la caja, pareció escucharse un sonido errático, como un murmullo lejano, muy lejano, agudo e hiriente, un sonido que fue en aumento, que creció terrible y espantoso, imponderablemente helado e incisivo, proveniente de un abismo insondable, la suma de cientos o miles de lamentos infantiles que no eran exactamente humanos, que no se podía decir qué eran, salvo que todo cuanto produce calor en la Tierra, salvo que cualquier conexión orientadora que te permite saber que hay lagos y tazas o muchachas en flor, se perdía sumiéndote en un horror insoportable: el lamento de mil almas infantiles arrojadas en la atroz soledad del hielo, de la negrura, de la nada; un sonido que lo ocupó absolutamente todo con un sostenido grito de pavor inacabable, llenando hasta la última partícula de un ámbito definitivamente aterrado, un sonido sin equivalente, sin final, sin final, sin final: el asesino sonido del pánico.

* * *

La criada que se ocupaba de limpiar el polvo de la biblioteca los encontró a las diez de la mañana. El

rigor mortis acentuaba lo macabro de la escena. La señora permanecía con los ojos desorbitados por el horror recostada sobre el respaldo del sillón; su mano derecha reposaba en la tapa de la caja. El hombre estaba de rodillas, junto a ella, abrazado con desesperación a su cuerpo. Sus rostros, cuya piel había adquirido una siniestra tonalidad cenicienta, mostraban un atroz envejecimiento súbito. El cabello blanco de ambos aún permanecía erizado.



Ojos de maniquí





Ojos de maniquí

Víctor Claudín

¡Era imposible que aquel muñeco respirase! ¡Imposible! Y si lo aceptaba... ¿cómo admitir que en el Universo existiesen múltiples planos de realidad? Pero aquellos ojos...



Ni siquiera tendré el tiempo necesario para maldecir mi propia debilidad?

Tengo cierta dificultad en concentrarme para cumplir con la obligación de explicar al mundo la razón oculta de mi metamorfosis, de las circunstancias que me han conducido hasta aquí, pero esa mirada vidriosa, partida, que reflejaba una vieja historia sanguinolenta me sobrecoge aún después de transcurrida esta larguísima semana en la que me he convertido en víctima suya por un azar inexplicable.

El primer contacto, la primera señal de su existencia fue esa respiración agitada que parecía nacer en el cuarto contiguo donde yo trataba de terminar un artículo de opinión para el periódico. Al principio lo consideré una aprensión mía, ya que vivir en un chalet, aislado a diez kilómetros de la ciudad, favorece todo tipo de miedos y suposiciones macabras. Parecía real y continuaba; era como una persona con problemas respiratorios que se duerme en una postura incómoda. Pero yo sabía que en la casa no había nadie más que yo, así que traté de olvidarme de ese sonido que se hacía cada vez más fuerte y escribir un párrafo final que

resumiese, subrayándola, la tesis central del trabajo.

Sin embargo, la frontera impuesta por el punto y aparte daba la sensación de que fuera definitiva y no localizaba la palabra que tenía que inaugurar la nueva línea. Porque la respiración estaba ahí, llamándome.

Me levanté mirando en todas las direcciones y asegurándome de que en los rincones no se ocultaba nada enemigo. Era fácil orientarse en busca del origen de ese misterioso palpitar, y que no podía corresponderse con algo real: era evidente que provenía de mi cuarto, pared con pared del salón que me servía de estudio.

Lo primero que hice en el pasillo fue encender la luz para borrar las sombras; sólo un ruido, la maldita respiración sobre la que no tenía duda de su existencia, pero a la que no podía encontrar una explicación racional. Estaba ante la puerta de mi habitación, temeroso, mis manos temblaban, tratando de reconstruir en mi mente el interior de la habitación para recorrerla con un solo golpe de vista nada más traspasar la frontera que constituía la puerta, cuya manija ya tenía en mi mano. Las alfombras, la cama grande, un pequeño armario con una radio antigua y unos cuantos libros además de algunos objetos de arte, junto a la ventana una mecedora adosada a una mesita con una lámpara... no recordé en ese momento el maniquí sin brazos que puse en el rincón del armario empotrado y que acababa de encontrar en las cercanías de la casa apenas un par de días atrás.

Entré.

No podía creerlo. Era imposible.

El maniquí, un material sin vida, no estaba en su sitio; todo lo demás sí y no había nadie. El maniquí respiraba, respiraba desde su nueva posición tendido sobre mi propio lecho.

El maniquí respiraba. El maniquí estaba en mi cama.

Reconozco que la impresión me cogió con la guardia baja y retrocedí pálido, mudo, como si me hubie-

ran golpeado en la boca del estómago. Corrí hacia el teléfono que fue lo primero que se me ocurrió.

Estaba llegando al aparato cuando oí un grito mortal que procedía del exterior. Era como si en esos instantes se hubieran dado cita en mi casa unos espíritus malignos. Me asomé al ventanal ya casi desquiciado.

Vi cómo una mujer se convulsionaba a la puerta de entrada. Las sacudidas parecía que iban a poder descoyuntarle los miembros. No perdí ni un segundo, me olvidé de la respiración del maniquí y del teléfono y me lancé hacia fuera.

No pasaron siguiera diez segundos, o un minuto si se tiene en cuenta que mi estado de excitación no era capaz de dilucidar correctamente lo que estaba sucediendo. Sin embargo, ya había ocurrido.

Mientras avanzaba por el porche hacia el cuerpo femenino, ya inmóvil como si fuera pétrea su composición, una especie de mancha o de sombra se separó de la mujer y desapareció por la carretera que me vinculaba a la ciudad.

No hubiera podido responder entonces a la pregunta que se me estranguló en la garganta sobre lo que podía ser aquello. Sin embargo, todo quedaría claro exactamente diez días después, al inicio de esta semana de pesadilla que, sin llegar aún a matarme, ha vencido mi ilusión de vivir.

Mi atención se volcó, recuperado un tanto de las peligrosas vibraciones que había recibido mi corazón, sobre el cuerpo inmóvil de la mujer.

Le faltaba un brazo, precisamente el brazo derecho que estaba a unos metros del cuerpo; pero no sangraba. No había sangre porque no era un cuerpo humano. Supongo que no tengo necesidad de explicar que era un maniquí, un maniquí al que yo mismo, desde el ventanal de mi estudio, observé unos instantes antes en agitación demente y gritando aullidos de auxilio.

Un maniquí. Un maniquí. Algo sin vida, un objeto

muerto, porque los maniquíes no tienen vida, son puro adorno.

Cerré los ojos en un intento desesperado por sacar de mi memoria lo que viví en unos pocos minutos. Pensé en el folio que me esperaba a medias enrollado a la máquina de escribir; pero no podía entrar en la casa.

No podía volver, pasar por el pasillo con riesgo de echar una mirada a mi cuarto donde un objeto sin vida respiraba violentamente. Para pasar luego junto a otro que, poco antes, era una mujer desesperada.

Salí corriendo.

Julián, el médico amigo residía en una urbanización a tres kilómetros de distancia. Llegué exhausto.

Cuando al día siguiente volvimos a mi casa, todo parecía normal. Julián, evidentemente, estaba convencido de que todo esto se reducía a una negra pesadilla, a una consecuencia del exceso de trabajo al que yo estaba sometido últimamente por la negra situación del país que requería de un gran esfuerzo colectivo. Sin embargo, yo no podía creerle, aunque en el porche no hubiera nadie... o nada, y que en el dormitorio el maniquí estuviera ... mudo... en el rincón junto al armario empotrado. Lo único que coincidía con mi explicación era el hecho de que la puerta de la calle estuviese abierta y que, en la máquina, el artículo sobre la situación general esperaba la conclusión final.

—Trata de olvidarlo —me dijo Julián.

Yo no le contesté.

* * *

El que esté leyendo estas páginas ha de saber lo difícil que me resulta terminar la narración rigurosa de los hechos cuando pende sobre mí la terrible amenaza y sus primeros efectos ya han comenzado. Las piernas están frías y me hormiguean, mientras los pies ya no los puedo mover, no los siento, ya no son

míos. Sólo gracias al esfuerzo mental que estoy manteniendo y el saber perfectamente lo que me está ocurriendo, permite que no me derrumbe como las víctimas anteriores en la desesperanza terrible del que sabe que está perdiendo su naturaleza humana.

Pasaron los días, y sin que la imagen de lo ocurrido consiguiera esfumarse de mi recuerdo, conseguí volver a cierta rutina relativamente tranquila, y ajena a cualquier peligro.

A pesar de todo, el equilibrio no iba a tardar en romperse. Y esta vez para siempre.

Había asistido como participante a una mesa redonda sobre un tema que no me interesaba, y luego los organizadores nos habían invitado a una cena donde nos permitimos todo tipo de frivolidades con unas muchachas que, casi por arte de magia, se sentaron a nuestra mesa alargada. Entre bromas y coquetas insinuaciones sin contenido de deseo expreso, una morena bien moldeada se fue apretando contra mí hasta el punto de verme en la encrucijada de invitarla a una copa en mi casa o poseerla allí mismo.

—Sí, sí! Estupendo.

El ofrecimiento le ilusionaba de una manera asombrosa.

El bullicioso regreso se materializó muy pronto sin llegar a despedirnos de ninguno de los presentes. Era una mujer absorbente que me quería poseer sin tregua. En el coche no me dejaba conducir, colgada unos ratos a mi cuello, acariciando mis zonas más sensibles y manoseándome en todo momento.

En la cama, la mujer resultó francamente excepcional. Lo sabía hacer muy bien; su glotonería me abandonó en el preciso instante en que no podía ya dar más de mí. Se entregó a tiernas y medidas caricias al percibir mi satisfacción y agotamiento. Lo cierto es que su sensualidad era tal que hasta esas neutras caricias fueron capaces de hacerme pensar en un nuevo intento. Pero a mis más de cuarenta años tenía que reservar algo para lunas venideras.

Antes de dormirme me entregué al minucioso re-

corrido de la belleza que estaba tendida a mi lado. Ya no podía enamorarme, eso lo sabía, pero perfectamente podía conseguir que aquella morenita tan deliciosa pasara unos días haciéndome recobrar el pálpito sentimental que tan escasamente tenía oportunidad de gozar.

Con el regusto amargo, la flojera indefinible que me vencía y las extrañas tinieblas que nublaban mi entendimiento, a la mañana siguiente no fui capaz de comprender que se había iniciado en mí el principio del fin durante esa noche. Que con el placer había entrado, para no salir, otra dulce sensación: la de la muerte.

Lo que sí me asustó sobremanera, ya a la hora de comer, fue la presencia en el jardin de aquel maniquí que, exactamente diez días atrás hice que los basureros se llevasen en la necesidad que tenía de olvidarme de los sucesos de la fatídica noche. Me quedé petrificado y un terror desconocido taladró cada célula de mi cuerpo. Maribel ni se inmutó, tampoco se interesó por la palidez que había cubierto mi rostro, por la mirada que salía de mis ojos abiertos, o por el temblor que volvió a mis manos para ya no irse más. Sólo ahora que escribo puedo controlarlo relativamente, lo suficiente para cumplir con mi cometido.

—Tengo que irme —dijo entonces Maribel, añadiendo otro factor a mi desconcierto.

No comprendí esa imprevista noticia y en mi angustia no pude controlar lanzarme hacia ella y rogarle que se quedara.

—Ya he cumplido con mi misión —dijo.

Sucedió entonces.

No tuve tiempo de preocuparme por esas palabras, ni siquiera se me permitió tratar de buscar una explicación. Siempre obsesionado por racionalizar los hechos para que se acomoden a mis posibilidades, a mi capacidad de entendimiento, no pude darme cuenta de que en el universo existen muchos niveles de concepción, infinitos planos de realidad, múltiple diversidad en el hecho de producirse o provocarse los

acontecimientos. Tampoco pensé algo de esto en ese momento. Mi capacidad de reacción se centró en el horror que me inundó haciéndome babear.

Fue cuando los delicados ojos de Maribel brillaron de una forma especial. Unos ojos inclasificables que no pertenecían a una mujer, sino que eran pura luz, puro color removido, pura muerte. Entonces se desprendió del cuerpo de la mujer morena que se iba desplomando despacio, una masa informe, una especie de nubosidad a caballo entre lo material y lo inexistente, de viscosidad repulsiva, en donde lo único concreto que se distinguía eran esos ojos.

Ojos que no cesaban de mirar haciéndome retroceder empavorecido. Ojos que yugulaban toda respiración, todo aliento. Ojos de los que se escurría un finísimo hilo brillante de sangre. Ojos de muerte, ojos de algo mucho más bestial que la desaparición, ojos de tortura insoportable. Ojos de monstruosidad creciente que no era posible rehuir porque perseguían hasta el acorralamiento.

Perdí el sentido. Cuando lo recobré era ya de noche; no podía explicarme cómo pude estar tanto tiempo sin conocimiento. Pero lo intuí cuando la presencia de un maniquí que recordaba lejanamente la preciosa mujer con la que disfruté la noche pasada hasta las más altas cotas de placer, me transportó a la mirada macabra que había acuchillado mi resistencia.

Aquellos ojos.

Ante mí, un maniquí. Un maniquí sin vida. Un maniquí sin vida aparente.

Aquellos ojos, un maniquí junto a mí en la cocina, y otro... Me asomé a la ventana por cerciorarme de que en el jardín permanecía o no el maniquí sin brazos del que había procurado deshacerme. A pesar de la oscuridad reinante, vislumbré junto a aquel otro al que le faltaba una pierna. Los dos estaban derechos. Supuestamente sin vida. Porque los maniquíes no tienen vida.

Los ojos. Aquellos ojos. Aquella masa, aquella

nube con aquellos ojos, ojos sangrantes, ojos luciferinos. Ojos asesinos.

Creí que no iba a soportarlo porque no contaba con la facultad humana de la adaptación. Aquí me tenéis, tratando de recordarlo todo, aunque sea imposible de todo punto reproducir mi angustia, el carácter violáceo que han tenido estos días mis sensaciones, el drama que me enajenó, esa mirada sobrecogedora... Afortunadamente el espanto en el que he vivido está a punto de dar a su fin. Mi única diferencia es que no grito; en su lugar escribo, me regodeo en el horror pasado, en el horror presente, para no preocuparme de la inexistencia de futuro.

Julián no tardaría en acudir a mi llamada de auxilio.

Pugnaba por serenarme, clavado ante el teléfono, cuando golpearon la puerta de la calle.

Abri.

Julián se hallaba frente a mí, riéndose, señalándome con el brazo extendido. Y sus ojos brillaban como despidiendo llamaradas. No pude acercarme pero tampoco hubiera servido de algo. Un instante después la extraña vida que había penetrado en él le abandonó. De nuevo esa macabra mancha con ojos salió del cuerpo y se esfumó ante mi vista. Julián se transformó en un maniquí. Me arrodillé junto a él cuando aún un hálito de vida le impulsó a pronunciar sin fuerza una palabra: «Huye... huye... hu».

Sí, tenía que huir de aquello. De todas formas no era capaz de entender, tampoco, por qué yo no terminaba como todas esas gentes que estaban cerca de mí. Parecía estar reservado para mí un destino especial. ¿Por qué?

Los interrogantes se agolpaban en mi cabeza y ninguno hallaba una salida para mi salvación.

Saqué el maniquí de Maribel junto al de Julián al porche de entrada y me encerré en la casa, asegurándome de que todas las ventanas estuvieran bien cerradas. Me dispuse a resistir.

Una resistencia que se revelaría inútil ante la potencia desconocida.

Estaba rota toda comunicación con el exterior entre otras razones porque, como había demostrado la muerte de Julián, la mera proximidad de otros seres a mi casa los transformaba en muñecos inanimados. Tenía que disponerme a la supervivencia personal en espera de algún resultado inesperado y sorprendente que consiguiera terminar con el mal destructor que me amenazaba. Era la fatal entrega a la espera.

Desde ese momento en que decidí permanecer encerrado en mí mismo y en mi casa hasta los hechos de hoy, apenas han sucedido acontecimientos que se salieran de la técnica de los narrados.

Hasta doce maniquíes he llegado a contar rodeando la casa en un principio como estableciendo un riguroso cerco mortal. Su jadeo, lo único que alteraba su presencia inmóvil, parecía estar impulsado por el más allá insondable. La comunicación telefónica se había cortado y nadie conseguía llegar a mi casa si es que se podía hablar de alguien que lo intentase. Los cadáveres estaban ahí delante, todos ellos amputados de algún miembro o de alguna otra parte del cuerpo, transformados en piezas al servicio de un poder cuya naturaleza superaba todo análisis imaginativo de mi inteligencia. Y sólo respiraban o jadeaban pero nunca los he visto acercarse aunque se acercan, moverse aunque se mueven, aparecen o desaparecen respondiendo a una especie de mecanismo de juego de ajedrez, de toma de posiciones.

Intenté escapar en tres ocasiones durante los días anteriores, suponiendo que no estarían pendientes de mí. En cada oportunidad mi fuga se truncó cuando una pared de maniquíes se interponía en mi camino. Una pared que se iba estrechando sobre mi figura. En la última ocasión también escuché algo más: un sonido gutural a medio camino entre la risa y el llanto que suponía propiedad de aquel monstruo de los ojos de cristal ardiente.

Hace un par de días se desencadenó el desenlace.

Era de noche. Estaba en la mecedora de mi dormitorio, seco por la angustia, inmovilizado por la impo-

tencia, sumamente adelgazado por la falta de alimento, fija mi mirada en el exterior enemigo. De repente, la casa comenzó a temblar, los cristales se rompieron en mil añicos; yo apenas podía sujetarme en el asiento, y hasta mis órganos interiores parecían pugnar por salir de la cárcel que representaba para ellos mi cuerpo. Oí aquel sonido que sin duda provenía del ser. Y unos ojos, los ojos que ya conocía, esa siniestra avanzada del universo más terrorífico que jamás hubiera podido imaginar, bailaban fuera de la casa, precisamente en el espacio de mi visión formado por el marco de la ventana.

Me puse de pie atraído como por arte de embrujamiento. Comprobando así que el fenómeno del que estábamos siendo víctimas la casa y yo mismo, tenía como causa directa una extraña y miserable fusión de todos los jadeos y respiraciones en una danza a la que se habían entregado las decenas y decenas de maniquíes que estaban reunidos en el exterior, en el jardín de mi casa, convocados por ese aullido que ahora atronaba, sombras de vidas que fueron, sedientos de nuevos acólitos, prestos a servir a su dueño, sirvientes criminales de esa masa informe, indescriptible, que se había convertido en ama y señora de... ¿solamente de los alrededores?

Esa es mi única esperanza, que cuanto yo vivo, que cuanto me está matando de forma tan monstruosa, sólo suceda aquí, en mi casa, en mi jardín...

El ruido del jadeo se hizo más infernal y la misteriosa masa iba y venía dando la impresión de estar a punto de descoyuntarse. Y aunque yo no lo pudiera percibir, los maniquíes se movían, se acercaban más y más.

Como un eco distorsionado, unas palabras se formaron con el acento sensual de Maribel.

«Falta poco. Te necesito. A ti. ¿No lo deseas?.»

Recordé la maravillosa noche pasada junto al cuerpo moreno de la mujer. Me dije que sí lo deseaba. Y comprendí.

Yo también pertenecía a esa cosa.

En las últimas horas los maniquíes han entrado en la casa. Van de un lado a otro sin que yo los vea nunca en movimiento, manteniendo vigoroso el escalofriante ruido de sus aspiraciones agitadas, insensibles.

La masa desde ese momento se ha hecho carne. Maribel ha revivido para mí, para mi placer y para el de esa masa, sólo que sus ojos no son humanos, son ojos de pura luz, de puro color removido, pura muerte. Pero ya no me importaba, no me torturaban, sino que los deseaba. Los amaba. Y ellos amaban mi vida. Inexplicablemente.

Antes de que se me escape mi último pálpito tengo que decir que me come por dentro esa misteriosa fuerza, que va subiendo, que se va apoderando de mí. Tengo poco tiempo, ya sólo puedo utilizar la mano derecha, y sólo la mano porque el resto del brazo se me ha inmovilizado desde hace unos minutos. Del vientre para abajo no siento nada y no quiero mirarme para no sentir horror de las costras plásticas en que se ha transformado mi piel. Ella me lo anunció cuando nos amamos rodeados por una cohorte infernal que aullaba, danzaba. Me explicó cómo se produciría mi transformación. Todos me miran, se deleitan sabiendo que, en poco tiempo, seré como ellos, casi como ellos. Casi, porque yo seré quien albergue en mi seno esa repugnancia a la que me entregué, relevando en secuencia repetida a otros seres. A mí me eligió. Tendré esos ojos sanguilonentos, de luz. Ya me arde la cabeza, estoy llegando al fin. Llegando al principio.

Y todavía no puedo explicarme lo que ha sucedido y su posible por qué. Tampoco importa.

Lo único que deseo es... que tengáis algún día la maravillosa dicha de pertenecer a la tribu secreta de los maniquíes, de ser parte de ese plano igualmente real donde los ojos mandan y matan y gozan. Ojos de maniquí: vacíos, dispuestos a ser ocupados...


CB

Esculpido a navaja



Esculpido a navaja

Rafael Castellano («Castleman»)

Se sentía fuerte y seguro al pisar a fondo el acelerador del coche recién robado. El mundo se le ensanchaba a cada bocanada de hachís. Tenía, además, una cuenta que saldar y la saldaría... Por algo era el destripador del barrio del Divino Cordero...



L buga ha mamado buena gasofa y ruge cosa mala al coger las curvas, mientras las gomas le chillan, porque por fin se han decidido a asfaltar esta parte de barrio, y para qué te voy a contar el eros que me meten esos chillidos, mayormente si pienso que no es mío, que el chorvo que para la hora que es lo está buscando por las comisarías, sudando y maldiciendo, se ha quedado hoy sin sáicar como yo me quedé sin abuela. Plan nota, lo tiene el tío, con un muñequito que representa a un madero colgado del espejo (pienso durante tres segundos, justo una chupada al chute, si no será él mismo un madero; y me añado que mejor si es así) y detrás un escudo de casa regional. No te digo la que hay. Me se olvidaba deciros que conmigo va la Yuli, una titi con la que tengo que hablar de cine, unos kilómetros más allá, cosa de que la coja la percata de que uno no es un blanco, que por tal me tiene, me lo ha chivado otra chula, la Blanqui, que me ha cogido ternura porque es fea y lo sabe, y yo me la tiro en plan legal y sabe que yo sé que sé, total, complicidaz. Y va y se pone, dice, la Yuli te tiene por un liso, sin vacile. Y ahora la miro

de reojo a la Yuli y le noto el pánico en los ojos y el vértigo en el entrecó. Y todo eso por el rodar marchoso, nada más.

Si supiera que lleva al lado al destripador del barrio del Divino Cordero.

Jindama, puta jindama hay que meterlas si quieres quilar. Y yo es que, fetén, de jeta ando un poco y de alguna manera mamón, m'asemejo al Pecos tonto, poca barba, cuatro pelos de higo chumbo. Entodavía no me atrevo a ir al burquechi a que me afeite, son neuras. Va lista la prójima, digo, que por aquí permanece la bunga de que los vampiros de Dusseldorf son cosa de anglosajones. Como quien dice Wagner o las mazorcas crudas, vaya, que en el Burger's King de la calle del Autogiro aún no ponen, pero al tiempo. Y yo me digo, vaya, me pongo: esto es cultura urbana. Bugata apandado, un poco de coloque para el rollo, las jichas que aplauden con la chirla y el asfalto, que dan. Pues qué van a dar. Destripadores, aberrados: qué es el mundo sino una puta casquería. Le doy una calada honda al planet y piso lo que quedaba de acelere. La chai, al punto del pasmo, legal.

—¿Tú quién crees que le dio mulé al Jacinto? —dejó caer.

—¿Jacinto?

—«El Queo» —aclaro.

—¡Ah! —sorbe la Yuli; siempre tiene el hocico húmedo, como un tuso.

—¿Quién crees?

—Pues unos navajeros.

—Ya.

El nido va quedándose atrás. Chabolas con su bombilla, casuchas, fábricas. Hay andovas que se quejan de que no hay currelo, y yo pa mí lo tengo dicho, asimilo que el que llora por currelar es que no sabe hacer otra cosa. Yo, chanelador en afanes, en lo que haya. Trajinar costo sin pasarse, con la pertinente chanzaina. Pero lo que me priva mayormente es eso, el desgüiace de personal, cuando se entere la Yuli, es que no veas.

—Al «Queo» le estaba bien. Era un borde.
—Si tú lo dices.
Y como viene un camión le doy una toba al volante, cosa de amague, que parece que nos metemos debajo. El claxon nos llama hijoputas y la Yuli está de la color del chiclé mascado y pegado en el forro de la butaca.
—¿Hay julepe? —inquiero. Y la chorva me juna un sí es no es asesinante. Floja, me la trae. Tiro la toba por la ventanilla.
—Te voy a contar un cuento. Tú sabes que el Jacinto un día me hostío. No niegues, vaya si lo sabes. Me hostió porque es un demasiao. Era. Yo estaba contigo, y vino al incordio, y yo voy y le digo, me pongo date el queo, «Queo», que le llamaban así por eso, porque daba la torrija a todos en cuanto estaba flipa, pero vamos, unas turras de mucho preocupar. Y me hostió. Y yo que entre dos que fajé, que voy y miro donde ti, y tú dándole al cuantró con yelo con jeta de la Liz Taylor. Y uno, sin furuné de nadie y sin poder hacer foro. Más que a Uzcudun, me dieron, y yo sin poder hacerle un chirlo, porque, eso es notorio, yo nunca acarrero cheira, o por lo menos, por lo menos —recalco— eso es lo que digo, que hay mucho especialista de la muy capaz de descolgarse donde los barandés, tú ya sabes por dónde voy.
Curva a ciento veinte, y le digo chillando a la Yuli:
—¿Tú ya has ligado con los barandés?
Y la Yuli, qué va a hacer, negar, a la pasma ni mentarla, como si uno no supiera lo del madero aquél, con más vacile que el bolero de Ravel cantado por Coz, que se la estuvo ventilando a diez por hora como poco. A la altura de las corvas noto el bluyin pegajoso de sudor, hace bochorno. Un poco más abajo, con la punta tocando casi el pinrel, el frescor de la faca. Un hierro albaceteño, largo, dos filos, te afeita en seco a un cristiano, y el Cabeza jamás tuvo en la mano bisturí más quede: acaricias y ya sangra.
—¿Tú no crees que fue el Destripador, el que puso a «El Queo» mulajai?

—Oye, que pareces el Kojac.

Se me pone borde la hurí. Y menda nota cómo la hoja albaceteña ya no refresca: quema.

—¿Qué hiciste aquella noche, Yuli, cuando me hostió Jacinto?

La Yuli lo debe tener húmedo ya de espanto, y va y dice, se pone, y en seguida nota que acaba de decir una jilipoyez:

—Me quiero bajar.

—Quiá.

La carretera negra, negra. Y la noche también de alquitrán. Se ven los meños de la sierra, buenas madrigueras para el escaque, para la función. Y lejos, lejos, pero tal cual como al alcande de la mano, un bosque de chopos, como a un kilómetro de una mensuna que, para mayor chipén, tiene cerrado por vacaciones.

—Yo te voy a decir lo que hiciste. Te ligó un madero que andaba por el lugar, y te lo llevaste al pije. Gratis, para más inri. Y yo, por mi propio pie a la Casasocorro.

Yuli ya ni pía.

—Pues allá va la fetén. Yo le saqué el despojo a «El Queo». Labor rápida. La firma en el ombligo y luego tirar parriba hacia hacia la pechuga. Seco, arrugao y blanco como un klines. Lo hice con esta misma —me la saco de la bota— que aquí ves, y que con un poco de suerte te va a dibujar un crucigrama en la barriga, porestas. Y desde ya te aviso, reina por un día, sólo te queda darle a la pegante si te hace el avío, pero percátate que a más tuist and chaunt más me se escitan los instintos de la cosa, así que callada sales ganando. Iten más, si te da la venada de saltar, el añico más grande tuyo será como una cáscara de pipa sin sal, que esto no miente, que ha pasado la revisión y lo pone claro, ciento cuarenta. Tercera alternativa, cuando frene para el asunto, te me escaqueas campo a través. Te gano, te cazo y empiezo por los ojos, tal cual como cuando en las marisquerías de Atocha te apañan unas ostras gallegas.

Queda poco para llegar al lugar fetén. Las nubes se han abierto y allá en lo alto aparece una luna redonda y blanca como una aspirina. Chipén. Me falta una advertencia:

—No me quieras hacer favores con el chichi, que yo no puteo. Hay emociones que las tengo superadas.

Juno a la Yuli, y algo me suena mal, porque se está descojonando. La medrana no la ha abandonado, eso se cala, y además las risas suenan más falsas que un comunicado oficial. Pero el hecho es que se descojona, que no parece tan dinillí como de primeras. Pa mí que me quiere tomar por dupa, y este cura de eso no gasta. Me pongo:

—¿Cosquillas?

—Achántala, listo. A que no sabes qué buga has mariscado.

—¿Este? El de cualquier maromo con pela.

—Con pela o con farde: igual segunda mano y bien retocado.

—Traduce.

—Pues que ese monigote, ese escudo con su puente me suenan más que el síngel del Rodríguez.

—Y yo voy y me lo creo.

—Como que he viajado en él —va y dice la Yuli—. Viajado y quilado. Se le da a la rueda esta tal que asín y sale una cama.

Y es verdad. Ha manipulado no sé qué, y el respaldo se achanta hacia atrás.

—Sin macanas, que te churino.

—¿Sabes con quién?

—¿?

—Con el barandé, con tu amigo el madero. Le has bailado el auto a un pasma, manú. Y además le tengo dicho con quien ligo hoy, prenda.

—Farol.

—Te queda comprobarlo.

Y me suben los pelichós a la barbilla , porque por detrás ha sonado una sirena. La bofia. «Niuniuniu-

niuniuniuniu» hace allá atrás, a lo lejos, la puta bocina. No sé cómo explicarme sin ser bachiller, pero es que, de oír aquello, te pones borde todo tú, te coloca demasiado, es la voz de la selva, eres tú o ellos, y entonces voy y dejo al proyecto de disección en vivo de la Yuli para otra, una dramia u otra caerá con el mondongo fuera, y eso está jurado, y además le mando los bandullos al randa de su bato, un carroza que está en la construcción, para que se haga una cazuela callos. Para mayor chorreza, las reztas se acaban y la carretera empieza a hacer el caracol, ya hemos dejado atrás la mensuna y la chopera y el caso es que yo sin escenario no me manejo, yo soy como el hombre-lobo, el destripador del barrio del Divino Cordero no improvisa, yo tengo puesto en un bló aquí la cojo aquí la descuaderno empezando por los bajos, y si me alteras la tramoya me se cruzan los cables y ya no me aclaro. «Niuniuniuniuniuniu», la sirena ampuchándonos, ampuchándome, que a la otra nada la harían más que un favor, y ya no se puede gasear a cien, a noventa y para de contar, el buga además es grande y no tiene maniobra. En la chirimoya han empezado a darme la murga así como cien grillos, es la depredación por la vida, como dicen en el programa de Rodríguez de la Fuente, y vienen por mí y si me trincan me mandan al maco in eternis, si es que no le da a Fraga porque le atiendan y me dan noche, que de todo puede pasar. Por hacer algo, por darme el queo de la presencia de la Yuli, pongo la antena y sale que están pinchando a «Status Quo». Y no va la muy bollera y se pone a hacer palillos con los dedos plan gogó, mientras detrás, siempre detrás, alborota el «Niuniuniuniuniu» cada vez más cercano. Y delante, curvas, curvas, curvas, cuesta arriba y ya metiéndonos yo diría que por Gredos. Ya no me erotizan las gomas del bugata al rechinar, ni me viene del volante, cómo te diría, esa fiebre de haber cogido lo que es tuyo porque lo que hay en España es de los españoles, ni me erizan las partes los pensamientos de que voy a hacer albondiguillas con ese cuerpo tan

quedón y tan eno-de-pravia de la Yuli, que a más de eso gasta un aire que me subleva de maja de las vendimias, de disfrutar cuando la bajan al pilón de llevar sostenes con refuerzo de alambre, que se me olvidaba deciros lo que me mola a mí el asunto del fetiche. «Niuniuniuniuniuniu», hace la sirena ya casi pegada al culo. Y yo piso, y coloco más alto la total, que ahora se está marcando un rosho political-melódico a cargo de Jarcha, no sabes tú a mí lo que me jiba la ecología, los pájaros, Doñana y la madre que los cagó. Yo soy hijo del sintasol y del ambulatorio, la yerba de sentarse me da pol culo. «Niuniuniuniuniuniu». Lo tenemos pegado a la cola, al celular, le llevamos todo lo más dos curvas, y no hay forma de que ese pitido, asín como el grito de la bechuní cuando pare en las chabolas de abajo, que aún hay vaquería, lo tape el pinche de turno, y apago la total porque me está poniendo aún más al borde y me se escapan los esquemas. Volar, tomar soleta. Y piso, y la Yuli parece que recupera su respeto, como debe ser, porque a la derecha de la carretera, donde va ella, hay un abismo más negro que los güebos de Idi Amín.

—Como Romeo y Julieta, Yuli. Si me escurro, adiós.

Nos escurrimos. A mí me han prestado novelas de miedo que dicen que un andova que se va a dar la piña cayendo de lo alto, pues recibe por dentro de la imaginación del bolo, mal comparado, como el flin de todo lo que ha vivido. Pero no es nuestro caso, al menos no el mío. A ver si os lo puedo explicar. Le meto más al pie, y el buga se me arreboja cosa mala, y de pronto en el cerebro me dice, se pone, ya la has pringado, ya no es tuyo, ya marcha sin control, y mientras tanto estoy mirando por el espejo y no te puedes imaginar qué es lo que veo: el «Niuniuniuniuniuniu» no sale de azul, como cuando es la bofia, sino de naranja. Una ambulancia.

—¡Alcahueta de mierda! —le escupo a la Yuli.

Y trato de meter el freno, pero ya hemos despegado de Cabo Cañaveral, y a partir de ahora si te di-

cen que cuando se cae a un precipicio te ponen el nodo de tu vida, tú vas y te pones que eso es pajarota, que allí lo único que manda es el cuerpo, que lo quieres poner como si tuviera parachoques, a ver si me entiendes lo que te quiero decir, que sacas fuerzas de la parte interna de uno para aguantar el hostión. Y llega, y duele, y es como si te hubieran metido en la trituradora de la basura. Para cuando dejo de viajar me noto acezando como un tuso con moquillo, y a punto de jirabé, porestas, y lo primero que juno es a la Yuli que tiene una ceja abierta y no veas lo que me solivianta, que a mí, no sé si os lo he dicho, me va cantidubi la marcha de las jichas en su jugo, y me trato de incorporar porque la venganza es un plato que se come caliente y además allá arriba parece que se ha parado alguien en la carretera y que mira hacia abajo: la ambulancia habrá visto cómo nos despeñábamos.

—Te ha llegado el Sanmartín —me pongo. Y trato de incorporarme; pero hay un hierro, una chatarra por medio, con tan mala casualidad que mis piernas caen de un lado, y el resto del chasis del otro: estoy cogido en el asiento como un pelo de ceja de gachí entre las pinzas de depilar. Un corte. Le lanzo un lapo de los duros a Yuli, que se le queda colgando del bo-derek:

—Eres un hijo de mil putas —va y dice.

Y, a pesar de las averías, empieza de nuevo a descojonarse. Pronto siento sus dedos que se me pasean como ciempieses por la rodilla, con mala baba, con cachondez jodida, creo que me explico. Y quiero sacarme de debajo del hierro, y niporesas. La Yuli persevera en sus manipules de encachondamiento, y un hilillo de baba le empieza a caer de una comisura, mezclándose con la sangre semiseca, cuando mete las uñas dentro del boto y palpa la empuñadura de nácar, que siempre me recuerda las tapas del libro de primera comunión que me regalaron las damas catequistas, de la cheira. Eso es un sacrilegio. La faca es patrimonio del Destripador del barrio del Divino Cor-

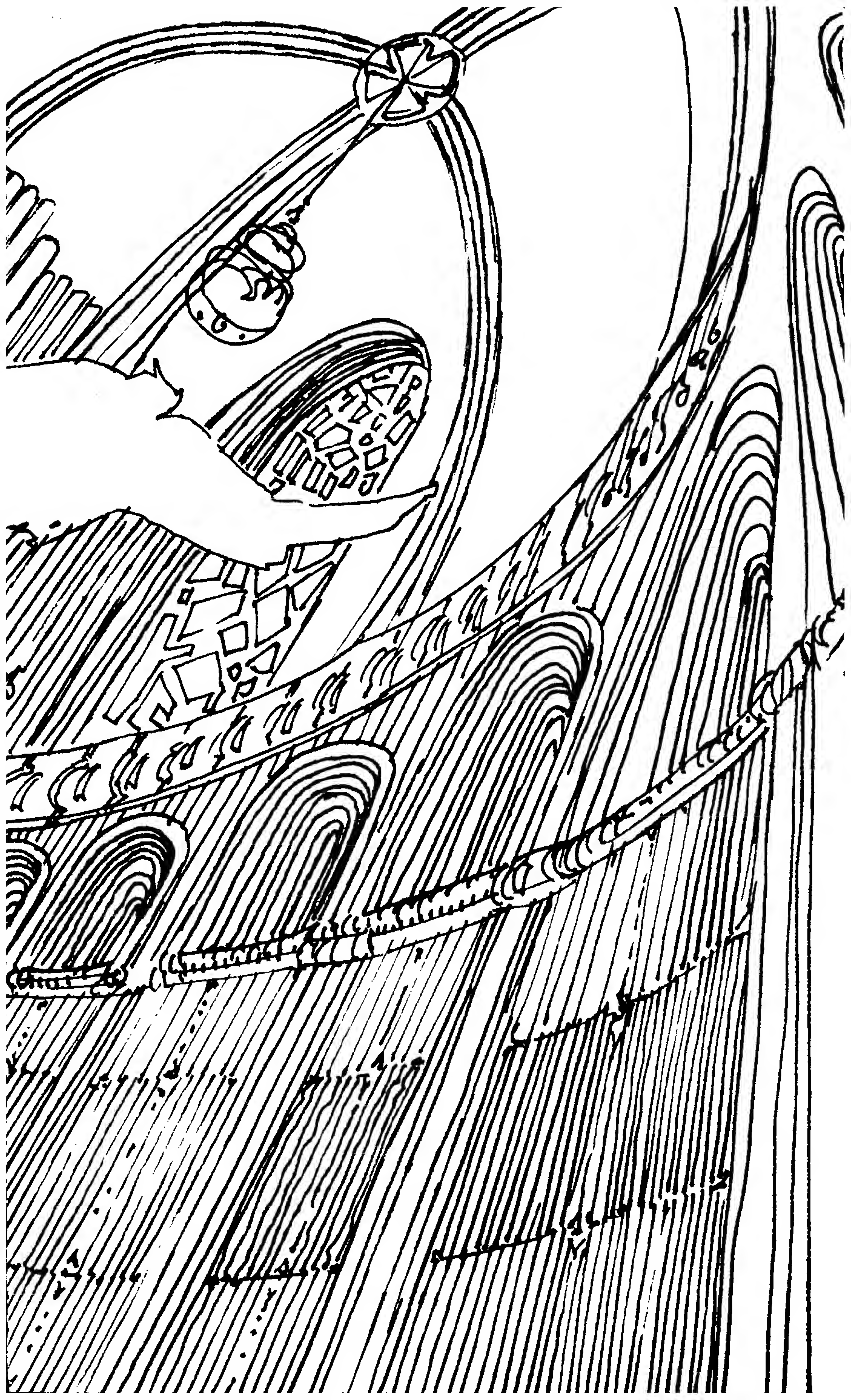
dero, batuta y varita mágica. Un poco de suerte y la Yuli, que la noto que se le vidrian los clisés poco a poco, la diña y salgo sano, que prefiero ahora que lo pienso ir al tubo, o que me den noche, a lo que a todas luces me espera aquí en manos de esta balkiria con amok instantáneo y sin chute. Ya tiene la cheira en la zoca, mientras con la derecha me estira para abajo de la cremallera del pantalón.

—Se lo voy a mandar a la Blanqui en bocata pan integral.

Ya me raja la hoja las partes, y lo último que oigo antes de desmayarme es la voz de butrón de la Yuli, que dice entre estertores, va y se pone:

—Y además, de verdaz.

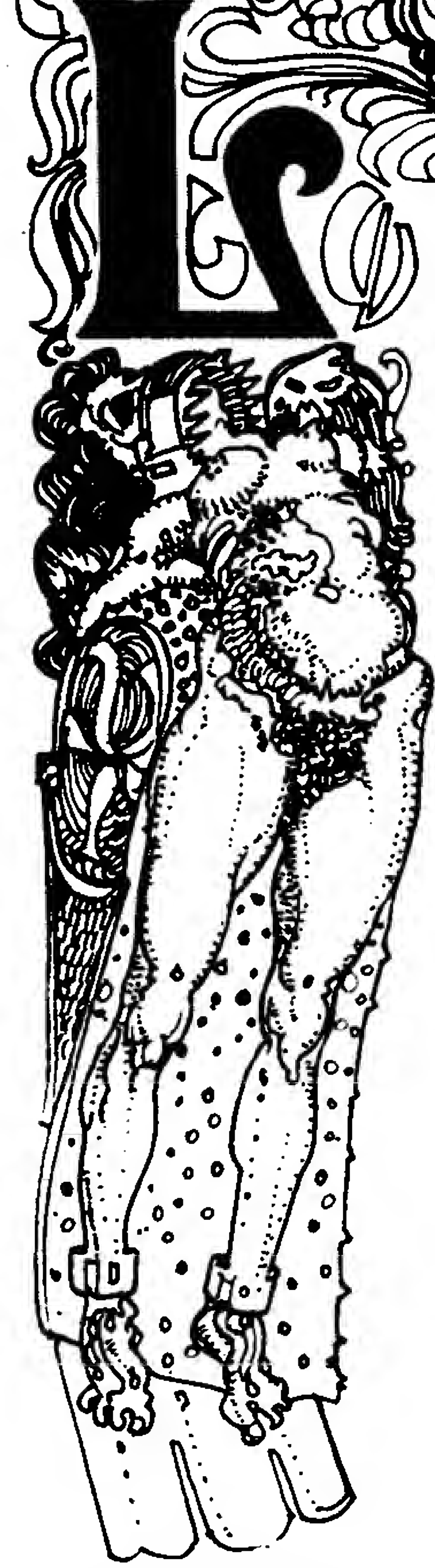

Sombras
en la
catedral



Sombras en la catedral

Pablo G. Cortés

Sin duda —se decía— todo estaba en orden. No había nada que temer. Se trataba, simplemente, de un estúpido suceso del que después se reiría. Pero aquel frío, aquel silencio, aquella sombras...



La catedral estaba prácticamente desierta. Sus reducidas dimensiones permitían abarcar de una sola ojeada las tres naves separadas por gráciles columnas. Las laterales aparecían hermosamente despojadas. La central, por el contrario, daba asiento a dos hileras de bancos en los que dos o tres personas, acurrucadas en la penumbra del atardecer, rezaban silenciosamente.

Recorrí lentamente las naves laterales entrando en las capillas cuyo acceso no obstaculizaba reja alguna. Hollé con mis pisadas las lápidas sepulcrales que pavimentaban el suelo y traté de leer las inscripciones, casi indescifrables ya por el continuo paso de varias generaciones de fieles. Contuve mis deseos de hacer alguna fotografía temiendo que el relámpago del «flash» distrajera a los ya escasos devotos y, a la espera de encontrarme solo, me senté en uno de los bancos desde donde podía contemplar perfectamente el artístico retablo a espaldas del altar mayor.

Me desperté aterido. La oscuridad reinante me hizo suponer que había transcurrido largo rato desde que me invadiera el sueño. Me puse en pie y aguardé

unos instantes para que mis ojos se acomodaran a la casi total ausencia de luz. Poco a poco, las siluetas de las cosas fueron haciéndose visibles. Una lamparilla cuya luz oscilaba a impulsos de alguna corriente de aire me indicó la dirección del altar mayor. Traté de ver la hora en mi reloj de pulsera, pero me detuve al escuchar unas campanadas procedentes sin duda de la torre de la catedral. El sonido descendía a raudales desde lo alto, se amplificaba en las bóvedas y se derramaba sobre mí como una aplastante catarata metálica. Conté once campanadas. Inmediatamente, aproximando todo lo posible el reloj hacia mis ojos, corroboré asombrado que eran las once de la noche. Había permanecido dormido cerca de cuatro horas. El agotamiento producido por dos días de callejear incesantemente por la ciudad, el silencio y la frescura del templo habían propiciado un sueño tan prolongado.

Supuse inmediatamente que me hallaba encerrado en la catedral. El encargado de hacerlo había cerrado las puertas a la hora acostumbrada y no había reparado en mí, que, profundamente dormido, y oculto por la sombra de alguna columna había permanecido ajeno a los ruidos que sin duda tenían que haber ocasionado las monumentales puertas.

Al instante me sentí inmerso en una clásica situación propia de un relato de terror, aunque, lejos de asustarme, sonreí para mis adentros satisfecho en cierto modo de tener una aventura más que contar a mi regreso de vacaciones. Con toda probabilidad las puertas se hallaban herméticamente clausuradas, las ventanas provistas de vidrieras, y el edificio de la catedral lo suficientemente aislado como para que mis llamadas de auxilio, si es que me decidía a emitirlas, no fueran escuchadas por nadie. Por otra parte, dado que me hallaba casi al límite de mis recursos económicos, y puesto que había decidido pasar la noche en la sala de espera de la estación de ferrocarril, la situación no había variado en gran manera. Podría esperar el amanecer confortablemente acostado en uno de

aquellos bancos y gozando de un silencio que difícilmente me hubiera proporcionado el incensante ir y venir de los trenes. La única incomodidad era el frío reinante en aquel umbrío ámbito, pero ya se me ocurriría algún modo de solucionarlo.

Transcurridos unos minutos me puse en pie. Inspeccioné los alrededores todo lo cuidadosamente que la escasa claridad me permitía y me dirigí hacia la parte trasera del templo teniendo buen cuidado de rozar con la mano el respaldo de los bancos a fin de localizar después el sitio en donde había dejado la mochila.

Al llegar al último de los asientos vacilé un momento. Entre el lugar en que yo me encontraba y el muro, se extendía un espacio vacío, al final del cual se perfilaba borrosamente la silueta de una gran puerta. Extendí las manos por delante a la manera de un sonámbulo e inicié la travesía sintiendo bajo mis pies las irregularidades producidas por los desgastados relieves de las losas sepulcrales. Poco después arribaba al pie del muro y caminé unos pasos pegado a él hasta que mis manos tomaron contacto con los ásperos entrepaños de madera. Forcejeé un momento con una barra metálica dispuesta a modo de tirador, hasta que me convencí de que mis suposiciones se correspondían con la realidad: las puertas se hallaban herméticamente cerradas.

De nuevo junto a los bancos, fui contándolos, y, al llegar al número ocho, tanteé en busca de la mochila. Al no localizarla, recorrí el banco posterior y el que antecedía a aquel en que creía haberla dejado.

Conté otra vez los bancos a partir del último y nuevamente mi búsqueda resultó infructuosa. Estaba seguro de que había tanteado ocho respaldos en mi retroceso hacia la puerta, pero en las proximidades de donde ahora me hallaba no se vislumbraba ningún bulto que pudiera corresponder a mi mochila.

Suponiendo que quizá la había dejado en una posición inestable, me agaché para inspeccionar la parte correspondiente al reclinatorio. Pasé después al

banco siguiente para hacer lo propio y luego a otros de alrededor, de manera que, al poco, me hallaba completamente desorientado y confuso. Sentado en el lugar en que creía haberme quedado dormido, aguzaba la vista tratando de penetrar las tinieblas. A lo lejos brillaba débilmente la lamparilla de aceite junto al sagrario del altar mayor. Por un momento estuve tentado de dirigirme hacia el ara y tomar aquella pequeña luz a fin de auxiliarme, pero un cierto sentimiento de respeto me retrajo.

Finalmente, enumerándolos en voz alta, volví a contar los bancos a partir del final. Al llegar al que hacía el número ocho vislumbré un bulto al extremo del asiento. La mochila se encontraba en el lugar en que yo la había dejado. Confuso y ligeramente nervioso, concluí que tan sólo una obnubilación pasajera me había impedido localizar lo que, obviamente, había permanecido donde yo lo depositara. No obstante lo cual, cierta intranquilidad, que al instante intenté disipar, hizo presa en mi espíritu.

Pensé que lo más oportuno era tratar de conciliar el sueño y me tendí sobre el banco cuan largo era, pero a los cinco minutos comprendí que el frío, que cada vez era más intenso, me impediría dormir, o en el mejor de los casos, si lo lograba, atraparía un enfriamiento considerable.

En la mochila no llevaba más que un jersey, que con toda seguridad no bastaría para protegerme de la baja temperatura reinante. Se me ocurrió la idea de que quizá en la sacristía, si conseguía localizarla y se encontraba abierta, podría encontrar alguna prenda con la que resguardarme.

Al levantarme con la intención de buscar aquella dependencia, lo hice con tal impulso que desplacé el banco de lugar y a punto estuve de perder el equilibrio. Las patas del asiento se deslizaron sobre la rugosa superficie de las losas que cubrían el suelo y un agónico chirrido se elevó hasta las bóvedas donde se extendió en múltiples ecos por todo el ámbito de la catedral.

Me maldije al instante por aquella torpeza, y procurando hacer el menor ruido, traté de situar el banco en su posición original. Al hacerlo, me sorprendí a mí mismo obrando del mismo modo que un ladrón que no desea ser descubierto, o como quien se afana por actuar silenciosamente para no despertar a los que duermen.

Caminé lentamente guiándome por el respaldo de los bancos, y cerca ya del altar mayor percibí que otra pequeña lámpara lucía tenuemente en una de las capillas laterales. Como había imaginado a mi derecha se vislumbraba una pequeña puerta que sin duda correspondía a las dependencias auxiliares de la caterral.

Apoyando la mano en el pomo metálico, lo hice girar temeroso de que estuviera cerrada con llave, pero, apenas presioné ligeramente con el hombro sobre la madera, se abrió silenciosamente. En la sacristía reinaba una oscuridad total, y, suponiendo que aquella dependencia debía de estar dotada de iluminación artificial, mi mano recorrió el sector de pared cercano al marco de la puerta en busca de un interruptor.

Un segundo después, mis dedos tropezaron con algo viscoco y hormigueante. Una araña de considerables dimensiones saltó hasta mi brazo con la intención de introducirse bajo la manga de mi camisa. Aterrorizado, sacudí violentamente el brazo, pero el insecto fue más rápido que yo y consiguió llegar hasta la altura de mi hombro, deslizándose bajo la tela. Propinándome un nervioso puñetazo aplasté el arácnido, que quedó reducido a una pulpa fría y palpitante, y de inmediato me despojé de la camisa. Un círculo blanco me indicó dónde se hallaba el interruptor, que pulsé repetidas veces sin resultado.

Dispuesto a no ser nuevamente sorprendido por repugnantes insectos, que sin duda aprovechaban las horas nocturnas para pasear a su antojo por los húmedos muros, fui aproximándome al altar mayor. Cuando arrebaté la lamparilla de aceite del lugar en

que se hallaba sentí como si hubiera cometido una profanación, y experimenté la sensación de que había sustraído la vigilante lucecilla que con su débil resplandor tiene la misión de ahuyentar inquietantes presencias de los alrededores del sagrario.

Con ella en las manos, avancé hacia la sacristía lentamente protegiéndola de la corriente de aire que mis movimientos provocaban. Sobre los muros de la iglesia danzaban sombras fantasmales que se retorcían atormentadas a mi paso.

Al traspasar el umbral de la sacristía me quedé petrificado por el espanto. Un momento antes de que la lamparilla cayera de mis manos haciéndose añicos contra el suelo, pude contemplar tres hieráticas figuras que, decapitadas, y con largas vestiduras, se hallaban inmóviles frente a mí.

La súbita oscuridad en que me vi inmerso fue lo único que me impidió emprender una loca carrera. De haberlo hecho, me hubiera estrellado con toda probabilidad contra alguna de las paredes. Y fue precisamente en aquella actitud cuando, al poco rato, vislumbré de nuevo borrosamente las tres siluetas que me habían asustado: se trataba de tres maniquíes encerrados en una urna de cristal, como en seguida comprendí, cubiertos con antiguas y ricas vestiduras sacerdotales. Lo que mi exaltada imaginación había tomado por fantasmas decapitados no eran sino parte de alguna exposición instalada en la sacristía del templo.

Afortunadamente, sobre las grandes cómodas de roble, había varios candelabros provistos de velas. Tomé uno de ellos, y casi a tientas, me dirigí hacia una de las capillas laterales, en cuyo altar brillaba tenuamente la lamparilla del sagrario. Encendí las velas, no sin algunas dificultades, y, levantando el candelabro por encima de mi cabeza a fin de que la cercanía de la luz no me deslumbrara, inspeccioné someramente la capilla.

La talla de un santo que no conseguí identificar presidía el altar. Junto a los muros laterales, dos

grandes sepulcros en piedra constituían el único amueblamiento del reducido ámbito. Ningún banco ni reclinatorio perturbaba el aire de simplicidad de la capilla. El piso, como en todo el resto del templo, estaba cubierto por grandes losas correspondientes a antiguos enterramientos.

De pronto, un crujido me sobresaltó. No supe de dónde provenía ni qué lo había causado. Por mi imaginación pasaron velozmente una considerable cantidad de explicaciones razonables: la madera de los bancos, una corriente de aire, el rozar del ala de algún ave nocturna contra el cristal de las vidrieras... Una urgente necesidad de corroborar que todo estaba en orden me impelió a abandonar la capilla y volver al lugar donde me había quedado dormido por la tarde.

Un escalofrío me recorrió de arriba a abajo cuando, como había inconscientemente supuesto, no pude hallar ni rastro de la mochila. Reflexioné un instante y deduje en consecuencia que en ningún momento había tocado el saco de mis pertenencias.

Elevando el candelabro, me aseguré de que me encontraba junto al banco que hacía el número ocho a partir del final. Busqué por los alrededores, pero todo resultó inútil.

En aquel preciso instante creí escuchar un bisbiseo procedente del coro. Un apagado murmullo descendía de la parte alta del templo, allí donde se encontraba el órgano y llegaba hasta mis oídos como el eco de una conversación en voz baja.

—¿Hay alguien ahí? —pregunté.

El sonido de mi propia voz me asustó. Mis palabras, amplificadas por el espacioso ámbito, fueron devueltas desde las altas bóvedas y multiplicadas por el eco. Cuando las últimas resonancias se apagaron no volví a oír más aquel murmullo.

Sacando fuerzas de flaqueza, empuñé crispadamente el candelabro e inicié la subida por las empinadas escaleras que conducían hasta el coro. Los estrechos escalones de piedra estaban tan desgastados

en su parte central que resultaba necesasio asirse al pasamanos para no perder el equilibrio. Mil sombras equívocas se desplazaban junto a mí escaleras arriba. En cada recodo me detenía un instante temiendo que, al volverlo, algo que no me atrevía ni siquiera a imaginar se precipitara sobre mí.

De súbito, un formidable estrépito se produjo sin que yo, ocupado como estaba en subir los últimos escalones, pudiera conocer el origen de semejante estruendo. Acuciado por el temor, y dispuesto a enfrentarme con lo desconocido, penetré en el coro, que era de reducidas dimensiones y constaté que se hallaba por completo desierto.

Asomándome a la balaustrada, extendí sobre el vacío el brazo con el que portaba el candelabro y miré hacia abajo. Sobre las losas que formaban el suelo del templo, inmediatamente a mis pies, se hallaba mi mochila. Por la posición que ocupaba deduje que alguien la había arrojado desde el lugar en que ahora yo me encontraba.

—¿Quién está ahí? —pregunté con voz temblorosa. Pero sólo el eco respondió a mis palabras.

Registré con todo detenimiento la parte alta de la catedral. Miré detrás del órgano, debajo de cada uno de los asientos... ¿Cómo había llegado hasta allí la mochila, y quién la había arrojado por encima de la balaustrada?... En la iglesia no parecía haber alma viviente; el coro no tenía más salida que la escalera por donde yo había subido...

Una vez que hube descendido me aproximé a la mochila y la así por las correas al tiempo que sostenía el candelabro con la otra mano. A punto estuve de exclamar: «¡Salga quien sea!», pero un resto de prudencia ante lo desconocido me contuvo.

Por primera vez, desde que me despojara de ella en la sacristía, advertí que me hallaba sin camisa. Violentos temblores comenzaron a recorrer mi cuerpo. La temperatura había ido descendiendo gradualmente, pero, absorto en los extraños sucesos que es-

taban acaeciendo, tan sólo ahora me daba cuenta del frío reinante en el interior de la catedral.

Después de abrir la mochila y vestir el jersey volví nuevamente a la sacristía, teniendo buen cuidado de llevar conmigo mis pertenencias. Cerca de la entrada yacía la camisa, que aparté de mi camino con un gesto de asco. En los cajones de un arcón encontré algunas vestiduras para cubrir los altares y las tomé, no sin cierto remordimiento supersticioso, pensando que podrían servirme de cobertores. Estaba decidido a permanecer el resto de la noche en aquella dependencia, más recogida y menos fría que el resto de la iglesia.

Preparé un improvisado lecho en uno de los bancos y tan sólo lamenté que la puerta de la sacristía no pudiera cerrarse por dentro. La desaparición de la mochila me tenía todavía sumido en un mar de confusiones. ¿Habría sido yo mismo el autor del traslado del saco, o acaso mis nervios me habían jugado una mala pasada?

Me disponía a ocupar el improvisado lecho cuando un agudo sonido llegó hasta mí desde algún rincón de la catedral. Una estremecedora melodía, vacilantemente interpretada, resonó elevándose hasta las bóvedas y se expandió por todo el recinto sagrado.

Con gran precipitación rebusqué entre mis pertenencias y pude comprobar que mi flauta había desaparecido. Ahora ya no me cabía duda de que no me encontraba solo en la iglesia. Algún desaprensivo ladronzuelo, un vagabundo quizás, había quedado encerrado también, voluntariamente acaso, a fin de proporcionarse un techo bajo el cual pasar la noche.

¿Qué es lo que le impulsaba a obrar de aquel modo? ¿Por qué aquel absurdo e inquietante juego? ¿Se trataba de una persona de corta edad, un niño quizá?

Quienquiera que fuese carecía de oído para la música. Las notas arrancadas a la flauta iban componiendo una extraña melodía, interrumpida esporádicamente, que, no obstante, poseía una cierta cohe-

rencia intranquilizadora. El desconocido virtuoso parecía esforzarse por interpretar un sonsonete capaz de desquiciar los nervios de la persona más templada.

Apartando las improvisadas sábanas, fui acercándome poco a poco a la puerta, que abrí sigilosamente. La más elemental precaución hacía aconsejable no portar el candelabro, cuyas velas estaban ya medianamente consumidas. Por suerte, tal género de luminarias debía de abundar en el lugar en que me hallaba.

Una vez fuera de la sacristía, aguardé unos momentos para que mis ojos se acostumbraran a la penumbra reinante. A través de las más altas vidrieras penetraba un pálido reflejo de la luz de la luna. Mediante aquella difusa claridad, procuré guiarme hacia el lugar de donde parecía surgir la inquietante melopea. Las desquiciadas notas de la flauta me condujeron hacia una de las capillas laterales, aquella misma de cuya lamparilla me había servido para encender el candelabro.

Cuando me encontraba a medio camino, cesó la música. Hasta mí llegó un confuso murmullo, un batir alas o un apresurado deslizarse de pies descalzos, no supe distinguir. Penetré en el recinto de la capilla. La tenue claridad de la lamparilla cercana al sagrario fue suficiente: sobre uno de los sepulcros se encontraba la flauta que me había sido sustraída de la mochila.

Tomándola con mano temblorosa, constaté que junto a la embocadura había depositadas unas repugnantes excrecencias que limpié apresuradamente con la sabanilla del altar. Un crujido procedente de algún rincón de la capilla me hizo volverme. En aquel mismo instante, una distorsionada nota musical hirió mis oídos, y escuché un resbalar de piedra sobre piedra, un rechinamiento que erizó mis cabellos.

Me asomé a la nave y deslizándome a lo largo del muro, fui rodeando la iglesia en dirección al lugar de donde surgían los sones de flauta. Poco a poco, la entrecortada melodía me condujo hasta las proximi-

dades de la sacristía. Un trecho antes de la puerta de aquella dependencia, cesó la música. Junto a mi mochila contemplé horrorizado lo que en principio tomé por una flauta, pero que examinada más de cerca no era sino una tibia humana profusamente agujereada.

Súbitamente, una risa sofocada surgió de las cercanías de la puerta. Corrí temerariamente y, en medio de la nave, exclamé:

—¡Quién está ahí!

La respuesta no se hizo esperar esta vez. Desde lo alto del coro descendieron sinuosas las distorsionadas notas de flauta. La melodía aquella tenía algo de llamada al más allá que me aterrorizó.

Corrí como un loco escaleras arriba. Conforme subía los escalones de dos en dos, escuchaba el rechinamiento producido por losas sepulcrales que fueran desplazadas de su sitio. Una sombra se precipitó, voló sobre la balaustrada al entrar yo en el coro. Sobre uno de los bancos contemplé con horror otro largo hueso agujereado a modo de flauta.

—¡Por todos los santos! —murmuré.

Ya iba a asomarme sobre la nave central, cuando llegaron hasta mí, desde dos lugares distintos de la iglesia, dos melodías diferentes. Los sones aquellos se entrecruzaron igual que dos serpientes confusamente retorcidas. Un momento después, un tercer instrumento se unió a los dos primeros. En aquel mismo instante, escuché un gran estrépito. Parecía que las lápidas sepulcrales estuvieran desencajándose al conjuro de aquel concierto.

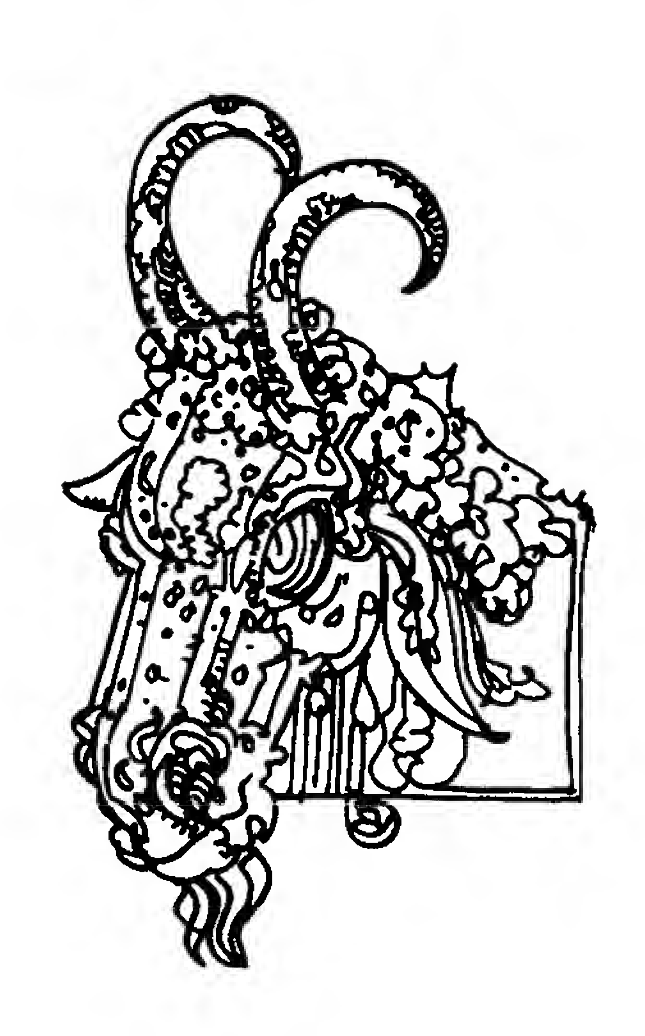
Aterrado y a punto de desvanecerme, fui retrocediendo hacia el fondo del coro. Los chirridos de las losas llenaban el aire de vibraciones que hacían temblar el cristal de las vidrieras. De súbito, aquella barahunda cesó, y un silencio tenso reinó durante unos segundos, transcurridos los cuales, fue elevándose desde el suelo de la catedral un difuso murmullo. Al mismo tiempo, llegó hasta mis oídos una sobrenatural y desquiciada melodía emitida por varias flautas a la vez.

Incapaz de asomarme para contemplar lo que estaba sucediendo allá abajo, continué retrocediendo hasta las proximidades del órgano. El murmullo fue haciéndose más intenso, y de pronto comprendí que aquel confuso deslizarse no era sino el rumor de pasos de decenas de seres, cuyo aspecto y naturaleza no me atreví a imaginar.

Al compás de las notas musicales emitidas por macabras flautas de hueso, aquella para mí invisible procesión fue recorriendo la nave central de la iglesia, y poco más tarde, el sonido de pasos llegó hasta el coro mediante el hueco de las escaleras. Estaban ascendiendo.

Con los ojos desorbitados por el terror, contemplaba fijamente el final de la escalera. Mis manos asían crispadamente las molduras de los asientos del coro. La macabra procesión iba aproximándose lenta, pero inexorablemente, hacia donde yo me encontraba. De mi garganta pugnaba por salir un grito de angustia y de pavor, y, en el último instante, cuando mi corazón desbocado amenazaba con romperse en mil pedazos, cuando la cabeza de aquel infernal desfile estaba a punto de ingresar en el coro, retrocedí un poco más, y, perdiendo el equilibrio, fui a caer sobre el teclado del órgano.

Al tiempo que mi boca se abría desmesuradamente, y se desencajaba de una manera atroz, el grito de pánico que había quedado congelado para siempre en mis pulmones surgió a través de los tubos de viento del órgano y se expandió por todos los rincones de la catedral.





Lázaro versus Lázaro



Lázaro versus Lázaro

J. Leyva

Cuando retornó a la vida —en aras del prodigio— lo primero que vieron sus ojos fue la imagen de un leproso que huía despavorido de su presencia. Empezaba para él la agonía de la resurrección...



L sol de la mediatarde prolongaba las sombras, haciéndolas puntiagudas e irreales. Del grupo se adelantó un hombre hasta la boca sellada del sepulcro. Su voz, enérgica y sublime, atronó en la profundidad de la fosa.

—¡Lázaro, sal fuera!

El cadáver se estremeció ligeramente. La piel yerta del rostro se agrietó como un cuenco de cerámica. Los gusanos enquistados en los globos oculares removieron perezosamente sus anillos. Las moscas abandonaron un momento su trabajo de succión en las fosas nasales.

El estremecimiento puso en tensión la columna vertebral del muerto, espantando las ratas que se abrían paso hacia hacia sus vísceras. De la boca entreabierta escapó una escolopendra gruesa como un sapo. La lengua del difunto —negra y descarnada— se humedeció súbitamente. Su extremo puntiagudo asomó al exterior, mientras el primer aliento del resucitado elevaba penosamente la costra de las costillas —una plasta del tono de los excrementos resecos al sol.

—¡Lázaro, levántate y anda!

Animados por una agitación enfermiza, los múscu-

los del cadáver tensaron la tela del sudario, que se rasgó en mil pedazos. La sangre bombeó el corazón de un golpe seco y las venas licuaron el riego podrido, arrojando al cerebro unas señales intermitentes, dolorosas, suficientes sin embargo para que Lázaro comprendiera...

Movió una mano, que, tras un esfuerzo desproporcionado al fin perseguido, llevó hasta los labios, apartando de ellos la seda venenosa de un escorpión hembra, en plena tarea de desove. Movió luego la otra, que arrastró hasta el bulto del vientre, cuyo volumen encontró exageradamente amplio, inflado como una vejiga de puerco.

El giro de la cabeza hizo que rechinaran las vértebras cervicales astilladas como cuchillos.

El aguamarina del cristalino se aclaró levemente, descubriendo en la entrada al cenotafio un punto de luz. El fuego de esta breve intensidad puso en hervor el sebo apelmazado de las mucosas.

Tenía la impresión de haber crecido irregularmente, en tanto no estaba muy seguro de ser él quien así se sentía. La imagen súbita de su recuerdo postrero en el lecho de muerte erizó sus cabellos, abundantes y enmarañados. Un vómito de alimentos putrefactos y retenidos en el estómago durante aquellos días muerto, pugnaba por abrirse camino en el esófago aplastado.

La picadura atroz del ano le hizo olvidarse de momento de otras sensaciones. Hurgó entre las piernas y asió el látigo viscoso de una cría de serpiente, cuya cabeza tenía en aquella oquedad un refugio seguro, además de una fuente de alimentación constante. El roce casi involuntario de sus partes genitales recordó de improviso a Lázaro su condición, su estado, sus afanes e inquietudes humanas... devolviéndolo a la consciencia de lo ocurrido con una virulencia insoportable.

Reanimados por el dolor de la memoria, los lacrimales de sus ojos liberaron unas gotas ácidas de orín, que sirvieron para arrastrar el polvo cadavérico adherido a sus mejillas.

—¡Lázaro, te lo ordeno, sal fuera!

Haciendo un esfuerzo ímprobo, Lázaro logró arquear la espalda, girar sobre su postura yacente e hincar las rodillas en el suelo.

Un enjambre de cucarachas abandonó los huecos en descomposición de sus sobacos. La mirada turbia del resucitado se posó con asco indecible en la alfombra de lombrices sobre la que había descansado. Surgida al amparo umbroso de las heces que su intestino dejara escapar, una comunidad de orugas había practicado una complicada ruta de aprovisionamiento, que iba desde su ombligo a una galería subterránea cuya entrada estaba a su costado izquierdo.

El techo de la tumba, por otra parte, filtraba un leve río de agua putrefacta, que había estado derramándose gota a gota sobre su garganta. Las manos de Lázaro encontraron una espesa bufanda de musgo alrededor del cuello, cuyo hedor y podredumbre habían hecho nacer en la piel unos diminutos hongos y setas pastosas.

Pasados los primeros instantes de incredulidad y espanto, Lázaro —puesto a cuatro patas en el interior maloliente de la fosa— se movió en dirección a la voz que le reclamaba, tratando de agilizar las articulaciones de los huesos y ello con la incomodidad del vientre hinchado, que arrastraba por el suelo en el penoso vaivén del cuerpo.

Todo su organismo iba recobrando la elasticidad perdida, menos los ojos, nublados por la carcoma feroz de los gusanos instalados en las órbitas.

—¡Lázaro, Lázaro, levántate y anda!

—¡Vamos, sal fuera!

Hasta sus oídos medio petrificados llegaban, amplificadas, las voces familiares de sus amigos y parientes. Pero él se sentía muy lejos, perdido en una nebulosa de cieno.

Abrió la boca para contestar a los requerimientos de que era objeto, y la sensación de haberse tragado la lengua le hizo dudar de poder responder a quienes le reclamaban de nuevo a la vida.

Medio ciego, podrido en parte, espantado de sí mismo por el recuerdo de su propia muerte, y asqueado por la repulsiva presencia física que debería mostrar, Lázaro luchaba entre abandonarse definitivamente en su tumba y suplicar a su bienhechor que reconsiderara la necesidad de aquel milagro, toda vez que su existencia pertenecía más al reino de los muertos que al mundo de los mortales.

Oyó, sin embargo, la orden, tajante e irrevocable, y no supo negarse a obedecer a quien de tal modo interrumpía la corrupción de sus restos.

El grito de horror que saludó su presencia estuvo a punto de devolverlo al oscuro pudridero. Advirtió que sus parientes y amigos se alejaban, y buscó a tientas al responsable de su resurrección.

—¿Eres tú, el que dice que me ama?

La carroña de sus brazos se había enroscado al cuello del autor del milagro, que miraba aún a lo alto, extraviado en la impenetrable y silenciosa distancia del más allá. Sin embargo, él puso los labios en la piel putrefacta de las mejillas de Lázaro, enjugó con su saliva los ojos mustios del resucitado y acarició las manos avinagradas del amigo.

Lázaro recobró la luz y lo primero que vio fue a Jonasán el leproso, que huía de su presencia sin volver el rostro...

Solo ante la puerta allanada de la tumba que le sirviera de morada en aquel tiempo, dejó vagar la mirada por el páramo del cementerio. Sus parientes y amigos corrían como endemoniados, tal vez con objeto de dar a conocer la buena nueva de su resurrección.

La soledad que le rodeaba estaba sin embargo preñada de indelebles presagios, invisibles repugnancias que ninguna tregua sería capaz de subsanar.

Había pasado el tiempo. Su esposa, sumisa en principio, vivía aterrorizada ante el simple gesto de su contacto. Vencida por el miedo, consentía el calor hediondo de su cuerpo, incapaz de excitarse como antes. Sus relaciones eran las del verdugo y su víctima.

Una madrugada sintió Lázaro que su esposa se es-

curría del lecho, y nunca más volvió a saber de ella.

Sus hijos, obedientes y respetuosos, no pudieron sin embargo superar el asco de su presencia en la mesa, bajo el mismo techo. El primogénito se hundió la punta del arado en el vientre,y el segundo se ahorcó una noche en la viga maestra de la casa.

Solamente Sarah —prima hermana de Lázaro que hacía las veces de sirvienta— pareció asimilar la cruel tragedia del resucitado y a él entregó su vida.

Sordomuda y taciturna, Sarah hizo de la tarea de sanar a Lázaro un mandamiento. A partir de entonces nadie volvió a ver al resucitado, que bajo la estrecha vigilancia de su prima —experta conocedora de hierbas y pócimas medicinales— se recuperaba poco a poco de tan horripilante experiencia sufrida.

Algunas partes de aquel cuerpo medio podrido, sin embargo, no recobraron la vida, y todo el afán de Sarah se concentraba en evitar que la corrupción se extendiera.

Pero esto era inevitable.

En ocasiones, Lázaro padecía súbitos letargos, llegando al borde mismo de la muerte; un extraño sortilegio impedía sin embargo que este fin se consumara, como si no le estuviera permitido atravesar la frontera letal por completo. En tan dramática situación vivió Lázaro casi un año.

Cuantas veces se sucedían los trances agónicos, otras tantas se manifestaba la imposibilidad de que la muerte se adueñara definitivamente de aquel espectro infrahumano. Lázaro, desfigurado y débil como un feto, era ya incapaz de recobrar lo que en cada ocasión perdía de forma más espantosa.

Una noche, los ojos hundidos y secos del resucitado miraron de tal modo a su prima, que ella, asustada, salió huyendo de la casa.

Quienes vieron sus pies destrozados y contemplaron su veloz carrera por muchas aldeas, dijeron haber presenciado el paso de un demonio enloquecido. Y quienes tuvieron oportunidad de observar cómo se arrojó, sollozando, a las plantas de aquel que hiciera

el milagro de la resurrección de Lázaro, dijeron luego haber visto la imagen del miedo y la desesperación.

—Ve, porque todo se ha consumado.

Oyó y comprendió Sarah la sordomuda las palabras de quien podía hacerse entender de ella, y emprendió el camino de vuelta, imaginando que así terminaba el sufrimiento de su primo.

La sombra pálida de la muerte se echaba mansamente sobre el cuerpo tránsido de Lázaro. Conocida su frialdad amarga, absorbió complacido la hiel de su presencia, y bebió hasta saciarse la herrumbre letal que destilaba su savia.

La corrupción seguía ahora su curso normal, más apresuradamente tal vez, y el hedor de la carne putrefacta lanzaba al aire efluvios con recobrada violencia. El sopor cadavérico ahogaba su respiración, en tanto las manos se petrificaban sobre el vientre, de nuevo abombado de amoniaco en descomposición.

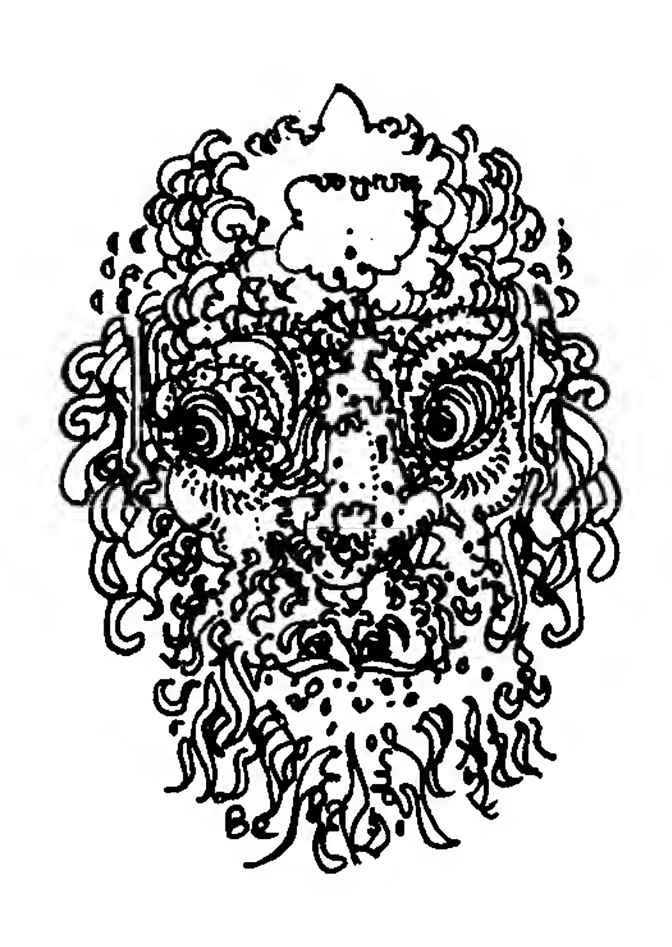
Un temblor irregular puso en agitación todos sus huesos, que se descoyuntaron blandamente, sin fijación alguna.

Presintiendo que la muerte era finalmente irreversible, Lázaro se alzó mediante un esfuerzo supremo, encaminando los pasos trémulos hacia el páramo del cementerio, hasta la boca oscura del sepulcro familiar meses atrás abandonado.

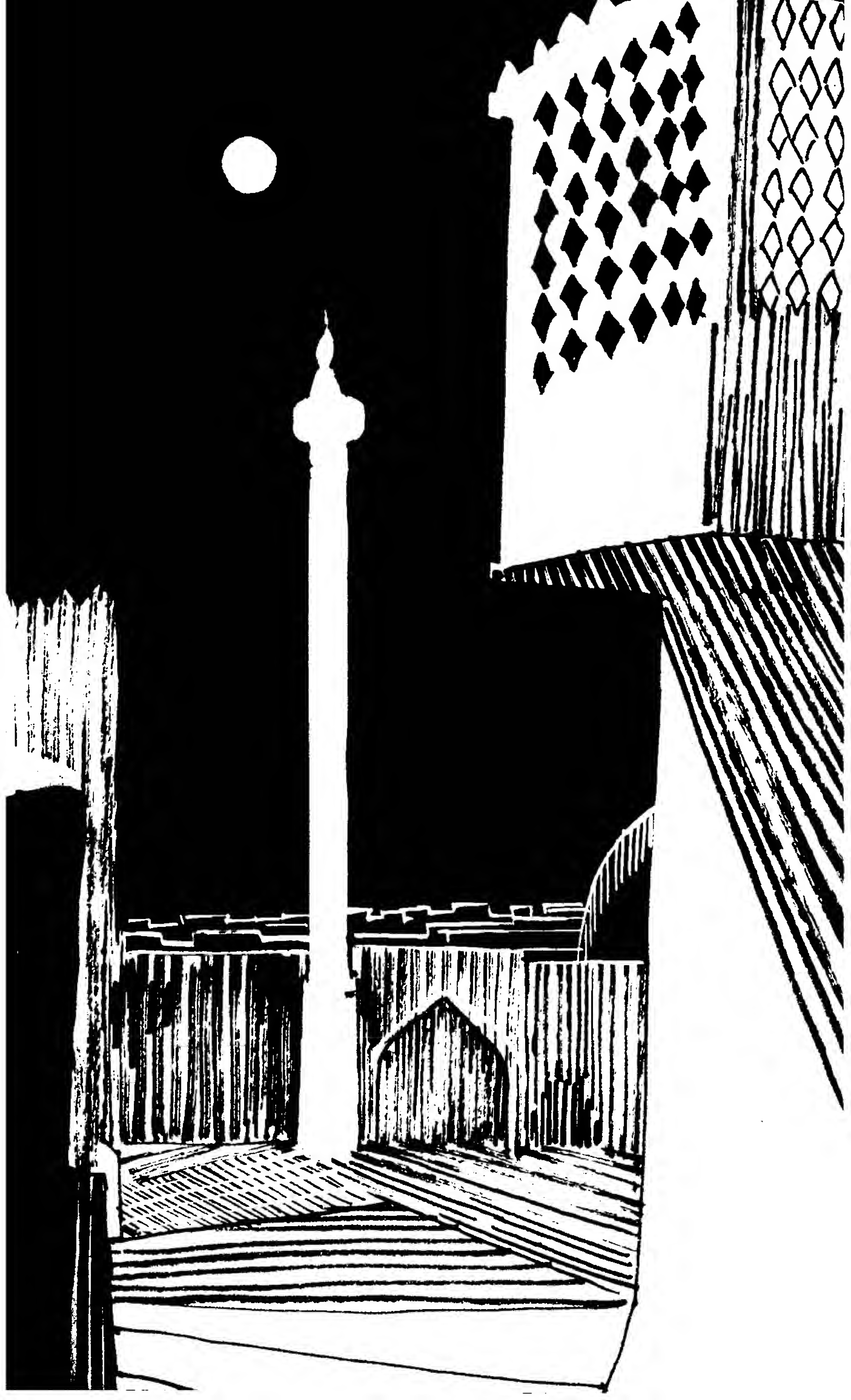
Nadie sabe cómo lo consiguió, pero Lázaro llegó al hueco mortal de su sepulcro, y en la misma hoya esperó la llegada parsimoniosa de su segunda muerte.

Aún tuvo tiempo, sin embargo, de sentir cómo un cuerpo extraño se ceñía a su cadáver, un sudario de carne y hueso. Su prima, Sarah, la sordomuda, quería impedir a toda costa que volviera a repetirse el desgraciado milagro.

A partir de entonces nadie podía resistir la tentación de llamar a Lázaro en la puerta de su tumba. Y como si el maldito sortilegio todavía perdurara en sus efectos, el cadáver se estremecía ligeramente, así como removían perezosamente sus anillos los gusanos enquistados en los globos oculares del muerto.



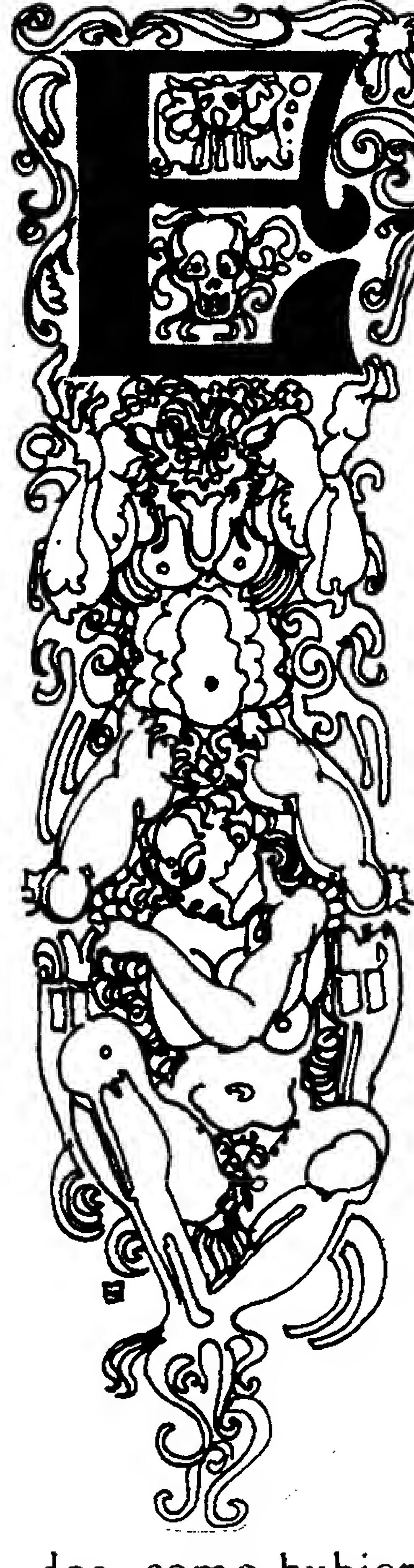

El guardián del laberinto



El guardián del laberinto

José León Cano

Había sido elegido para penetrar en los secretos del laberinto. También le habían advertido que para escapar al dominio del Innombrable, del Guardián, debería mantener puro su corazón y su espíritu...



MBRIAGADO por las ardientes imágenes de un sueño, por la sed de pasión y aventura que esas imágenes han dejado en el alma, uno trata a veces, cuando despierta, de reencontrarlas en el esquivo océano de la realidad. Semejante navegación, si se persiste en el empeño, no puede tener otro final que la locura o la muerte. Pero lo terrible de uno u otro destino es mil veces preferible a una vida mediocre y estéril como tantas otras, presidida por el signo de la seguridad y el acomodo.

Fiel a esta idea, había adoptado como norma de conducta la persecución de mis propios sueños, por descabellados que pudieran parecer. Y esos sueños, en ocasiones, me incitaban a emprender viajes aparentemente absurdos, como hubiera parecido a cualquiera con un mínimo de sentido común el que estaba realizando a Ankor, en el Alto Egipto.

El viaje hubiera parecido absurdo porque los pocos datos que me habían motivado a emprenderlo eran, aunque inquietantes, capaces de despertar el apasionamiento únicamente de investigadores tan poco momificados por la ortodoxia «científica» como yo

mismo: rumores acerca de un Laberinto subterráneo cuya existencia habría sido tenazmente silenciada por una secta mistérica que transmitía oralmente sus secretos, de generación en generación, a unos pocos iniciados; igualmente rumores, aunque mucho más vagos, sobre la presunta inmortalidad del Oscuro ser que en ese Laberinto habitaba; habladurías referentes a la vertiginosa antigüedad de la Construcción y de su terrible Inquilino. Tanta, que habría dado origen a los Mitos del Laberinto plasmados por las civilizaciones egipcia y cretense; mitos que no serían —de acuerdo a las vagas noticias que habían llegado hasta mí— sino la versión deformada de una realidad cuyo soterrado imperio se extendía hasta los tiempos actuales.

En el caso de que Schliemann (reflexionaba yo) hubiera considerado como una simple sarta de invenciones mitológicas a la Iliada; si no se hubiera dejado tentar por los ilusorios encantos de la fantasía, jamás hubiera descubierto la realidad de la hasta entonces considerada mítica Troya. Yo desconocía entonces hasta qué grado podía llegar a ser espantosa la naturaleza de aquella Troya laberíntica que me esperaba en Ankor, pero iba a su encuentro con un fervor jamás experimentado desde los lejanos días de la adolescencia. Como el propio Schliemann, había yo dedicado los mejores años a los negocios. Y ahora, en plena madurez, estaba en condiciones de llevar a cabo mi vocación de exhumador de enigmas.

Tales reflexiones me ocurrían a bordo de un destartalado autobús (según todos los trazos, construido con migajas de otros autobuses menos destartalados) sobre el que el sol caía de plano. Mi indefensa piel anglosajona soportaba la cocción con resignación hagiográfica. El martirio era doblemente cruel, puesto que la condición de europeo no inspiraba compasión alguna a los sudorosos, pero perfectamente adaptados campesinos de piel oscura que compartían el tormento. Mi curiosidad estaba siendo castigada con otro sadismo de los, en aquella ocasión, poco benig-

nos dioses. Era que a la izquierda del autobús se deslizaba el lujurioso curso del Nilo. Pero a la derecha (donde, desgraciadamente, me encontraba) sus ventanas daban, sin protección alguna, a las interminables y candentes arenas. Como consideraba ridículo el uso del salacot y absolutamente impropio el del turbante, mi rostro se iba pareciendo, con desagradable rapidez, a un solomillo crudo; y los pensamientos chisporroteaban como el aceite hirviendo bajo la insuficiente protección del cuero cabelludo.

La tierra de Egipto, el oxidado sueño de mi juventud, se encontraba por fin bajo mis pies; o, por mejor decir, bajo las remendadas ruedas de un autobús cuyo folklórico tercermundismo proclamaba a gritos; y no se trata de una expresión metafórica, ya que los viajeros se comunicaban entre sí —ignoro por qué razón— a grandes voces. Semejante algarabía, unida al sopor y a la cegadora mirada de Osiris, me hizo entrar en un estado semejante al sonambulismo mediúmnico. Con turbadora insistencia me visitaban imágenes que, debido a sus extrañas características, parecían no formadas por los recuerdos de mi mente, sino emitidas directamente —si ello fuera posible— por una mente mucho más poderosa y en todo ajena a la mía:

Veía una gran boca que era a la vez un ojo negro de insondable profundidad. Y en el fondo de esa boca había una caja de piedra negra, de paredes pulimentadas como espejos, cuya longitud era algo mayor que la de un bastón y cuya tapa estaba ligeramente corrida. Pese a que todavía conservaba un asomo de vigilia, tales imágenes (y las que vendrían a continuación) se me aparecieron enormemente cargadas de emoción terrorífica, y semejantes a las de una pesadilla a no ser porque su viveza y nitidez eran mucho mayores. Como si alguien estuviera utilizando mi cerebro a modo de pantalla de proyección cinematográfica. Me inquietaba particularmente el contenido de la caja, que en mi semisueño me resistía a contemplar, pues tanto era el pavor que me inspi-

raba. Mi resistencia no tuvo éxito, porque vi algo de apariencia tan *infame* que mis entrañas se volvieron repentinamente heladas, como ante un presentimiento de la muerte.

Encuentro grandes dificultades para describir lo que vi. Algo semejante, en cierto modo, a la garra de un milano disecado. Algo semoviente de repulsiva delgadez, tal vez una mano seca si hubiera alguna de uñas tan desmesuradamente largas, en parte afiladas, en parte carcomidas. Una especie de mano que se contraía y me señalaba alternativamente, componiendo un gesto de suprema, de absolutamente impúdica maldad...

Traté de borrar esa imagen repelente, de abrir los ojos y reintegrarme a la realidad de mi viaje. Pero cuanto mayores eran mis esfuerzos para retomar el curso de la vigilia completa, más me hundía en el fango de aquella siniestra pesadilla. Fui plenamente consciente (pese a mi mente alterada) de estar siendo arrastrado a un círculo de angustiosa negrura, y comprendía que los esfuerzos por escapar de ese círculo estaban condenados al fracaso. Al hombre de voluntad más débil; a quien, por ser demasiado sensible, más angustiosamente sufre los arañazos de una pesadilla, le está concedido el consuelo de salir de ella (aún gritando, aún bañado en sudor y lágrimas) cuando esa pesadilla se hace absolutamente intolerable. Uno sueña que está a punto de morir, que el filo de la guillotina empieza a acariciar los primeros cabellos de la nuca, y entonces el destino le concede la inmensa gracia de despertar. Nadie, en su sano juicio, tendría curiosidad por saber cual hubiera sido la continuación de la pesadilla, de no haberse despertado.

Pues bien, yo tuve que soportar esa ominosa continuación, una vez que en la semivigilia que me posesionaba descubrí la imposibilidad de hacerle frente. Y así fue como asistí a la espantosa escena.

Empujada por aquella garra de inquietantes y deformes connotaciones humanas, la pequeña losa ne-

gra se fue abriendo poco a poco hasta dejar al descubierto un cuerpo delgado, retorcido, no mayor que el de un niño de seis años, cubierto aquí y allá por los desgarrados restos de lo que, tal vez en un tiempo lejanísimo, habían sido las vendas de la momificación. Habría que imaginarse un cuerpo de yeso, casi esquelético, que tuviera la insólita facultad de moverse por sí mismo. Y aun así, esta imagen resultaría pobre en comparación con lo que vi. Pese a sus cualidades aparentemente pétreas, el horadado y hueco costillar estaba empezando a adquirir, aunque muy lentificados, los movimientos de la respiración. Le oía respirar, en efecto, pero también podía comprobar, aterrorizado, la completa inexistencia de pulmones por los entresijos que las centurias habían abierto en sus costillas... No fue esto, sin embargo, lo que más me aterrorizó. Puesto que la losa, en su recorrido, acabó por dejar al descubierto la cabeza.

¡La cabeza! Difícilmente podría decirse que aquella podrida forma lo fuera. Contráctil, como una superficie vermicular donde unos ojos duros, semejantes a cuentas de vidrio verde, se fijaban a los míos con insistencia dolorosa; ojos sedientos de luz como pozos secos, en el fondo de los cuales se adivinaban las huellas de una obsesión infame. En la pesadilla (si es que de eso se trataba) cerré los míos, los cerré con violenta determinación. Y cuanto más los cerraba, cuanto más trataba de apartar el rostro de aquella boca corroída y terrosa, de aquel espeluznante hueco apergaminado donde debiera encontrarse la nariz, con más fuerza se fijaba esa imagen de la locura a mi cerebro.

La boca se abría despacio, muy despacio, y acabó mostrando, en toda su espantosa desnudez, el hueso del paladar. No había lengua, ni labios, ni un asomo de carne. Y, sin embargo, esa boca pronunció mi nombre con las graves y retumbantes modulaciones de un bordón. La penumbra en que hasta entonces se había desarrollado la escena dejó paso, de pronto, a un resplandor insufrible. Y vi con insufrible claridad

cómo aquel cuerpo engendrado por la noche se incorporaba, y cómo su garra sarmentosa se iba acercando cada vez más a mi hombro. El terror parecía haber detenido insidiosamente la circulación de mi sangre, impidiéndome todo movimiento. Sentí al fin el peso de esa garra sobre mi piel y experimenté una emoción semejante a la que debe soportarse en el momento de morir. Creo que di un grito. Un grito real. Porque al despertarme resollando, con los músculos agarrotados, bañado en sudor y seca la boca, sentí una aguda irritación en las cuerdas vocales. Alguien me estaba zarandeando en el hombro derecho; justamente donde una fracción de segundo antes había apoyado sus podridas uñas el engendro de mi pesadilla.

—¡Despierte, sidi, despierte! ¿Qué le ocurre...? Ya hemos llegado...

Abrí los ojos. Un hombre de expresión afable, barbudo y de piel oscura, me miraba compasivamente y con cierta sorna. Sin lograr desprenderme por completo del venenoso sopor, todavía temblando por los horrores de la pesadilla, balbucí algo en árabe sobre los perniciosos efectos que tenía para un europeo viajar a pleno sol en un autobús egipcio. El individuo ensayó un rictus de burlona conmiseración y se dio la vuelta, dejándome solo en el vehículo. Los demás pasajeros ya se habían marchado.

Mientras asistí a esa horrenda proyección sonambúlica tuve cierta conciencia, si bien amortiguada, del mundo exterior. Hubiera jurado que la espantosa representación no duró mucho más de cinco o diez minutos. Por eso me sorprendí, hasta los más profundos límites de la estupefacción, al comprobar que era ya noche cerrada. El extraño estado en que, aparentemente, me sumió el calor, había durado en realidad más de seis horas. ¿Dónde había estado mi mente durante todo ese tiempo? ¿Por qué solamente recordaba un pasaje de breves minutos? Me fue imposible responder a ninguna de esas dos cuestiones.

La estupefacción impidió que me levantara del

asiento. Tuve que hacerlo cuando vi que al otro lado de la ventanilla el conductor, malhumorado, me instaba a ello. Cogí la mochila y salí del vehículo. Tantas horas de viaje, consumidas con tan inaudita velocidad, sumaban en mi mente más confusión a la confusión que me produjeron las abyectas imágenes del sueño.

Embriagado por el horror, caminé al azar entre las sombrías callejuelas de la ciudad. Sin embargo, encontré un lenitivo a ese horror en el esplendoroso brillo de las estrellas, salpicando de luz la ciega majestad de esta noche. Las enrevesadas callejuelas de la medina asistían, solitarias y silenciosas, a la sonora representación de mis pasos. Tanto silencio y tanta soledad hicieron que me sintiera como el único superviviente de una catástrofe universal. La silueta de un soberbio alminar navegaba sobre la penumbra celeste como una quilla de plata. El aire de la noche sofocaba de la misma forma que los vapores de un invernadero, aromados a la vez de perfumes y pestilencias. Ankor me recibía con el crudo contraste de sus olores: corrupción y lujuria hermanándose en una atmósfera de belleza y miseria donde, como en todas las ciudades orientales, la vida y la muerte tienen el mismo rostro.

Los blancos arabescos del alminar se recortaban en la noche con tanta nitidez que imaginé a la espuma detenida sobre una playa de ébano. En la base de aquella torre encontré este poyete donde pude reposar de mi fatiga y de mi angustia. Gracias a ello, las horrendas imágenes del sueño fueron disolviéndose poco a poco en el silencio; y en el relativo sosiego que siguió a esa disolución traté de poner en orden mis pensamientos. Lo primero que hice fue palparme la camisa y comprobar que bajo ella seguía pendiente de mi cuello la bolsa de cuero. En su interior se encontraba el viejo papiro que me había llevado hasta Ankor.

Se trataba de un documento al parecer muy antiguo; tal vez del Primer Periodo Intermedio, a juzgar

por las características de sus esbeltos y bien trazados jeroglíficos. Una rara pieza arqueológica, en suma, o tal vez una falsificación demasiado perfecta. En cualquier caso —pensé cuando lo vi por primera vez—, algo digno de ser adquirido a cambio de las pocas rupias que por él me pedían en el zoco cairota. Luego, en la agradable penumbra de la habitación del hotel, y con la inestimable compañía del aire acondicionado, pude examinarlo con todo detenimiento. No sin dificultades, aunque soslayadas con la ayuda del excelente Diccionario de la Enciclopedia Británica, pude traducir el texto. Decía así:

«Cuando la Cuarta Luna muestre su rostro totalmente desnudo, espera el nacimiento de Osiris junto al Obelisco de Ankor. Su sombra, entonces, te indicará la dirección del Laberinto. Camina en esa dirección hasta que Osiris vuelva a sumergirse en el Mundo de los Muertos. Entonces hallarás la Gran Boca. Pero examina tu alma antes de penetrar en ella, y no lo intentes de no encontrarla completamente purificada. Pues si lo intentas con ánimo impuro, el Guardián se levantará de su tumba y te encontrarás con algo mucho peor que la muerte».

Por lo que luego diré, la lectura de este texto me produjo una hondísima impresión. Hubiera deseado dudar de su autenticidad, y este deseo mío fue alentado por un hecho curioso. Era que el papiro reproducía, con todo lujo de detalles, el dibujo de un Obelisco que, sin embargo, no logré identificar.En su representación, el artista no había olvidado dibujar también la sombra que, procedente del sol en su amancecer, se proyectaba esquemáticamente tras del Obelisco, y sobre las arenas del desierto, hasta lo que parecía la entrada de un subterráneo.

Pero, como digo, el Obelisco era desconocido. Consulté varios volúmenes de Arte Egipcio. Recurrí, incluso, a las autoridades del Museo Arqueológico de El Cairo. Nadie conocía la existencia de un Obelisco semejante en la ciudad de Ankor ni en sus alrededo-

res. Quizá lo hubiera en otra época, pero no se disponía del más leve indicio.

No era razonable emprender un viaje hasta Ankor en semejantes condiciones. Pese a que mi descubrimiento del papiro ocurrió precisamente a principios de abril; es decir, cuando la «Cuarta Luna» a que hacía mención estaba creciente. Pero varios meses atrás había sido testigo de un suceso muy peculiar y de algún modo relacionado con el —aparentemente— casual descubrimiento del papiro (y relacionado también —pensaba bajo el alminar de Ankor— con la pesadilla sufrida momentos antes). Cuando ocurren tantas «casualidades» uno ha de ser lo bastante humilde para reconocer que está siendo empujado por fuerzas desconocidas. Y que, en tal caso, lo más sensato es dejarse arrastrar por esas fuerzas. Decidí llegar hasta Ankor aunque no obtuviera resultado alguno; puesto que, en el peor de los casos, esperaba enterrar en sus arenas mi creciente inquietud.

Por otra parte, si en Ankor lograba encontrar el Obelisco podría confirmar las oscuras teorías de que he hablado al principio de este relato; teorías, sospechas y suposiciones que llegaron igualmente hasta mí de un modo «casual» cierta brumosa tarde de noviembre en que me hallaba visitando las salas dedicadas a Egiptología del Museo Británico de Londres.

Aquella tarde, la contemplación de una momia muy particular atrajo mi atención más tiempo del que le hubiera dedicado, a no ser por sus extraordinarias características. Sobre la vitrina que la protegía había una inscripción que situaba al cadáver en la época del Imperio Medio. En opinión del Museo, se trataba de una «Noble Desconocida». Pero no era la alcurnia de la dama lo que despertó mi curiosidad, sino las inquietantes cualidades de la momia. Su piel no tenía el aspecto oscuro y apergaminado de las otras, sino una tonalidad grisácea y rugosa que la hacía semejante al cemento; también, a diferencia de las otras, estaba magníficamente conservada. Hubiera jurado que se trataba de una reproducción en piedra de la muerta, a

no ser porque el cabello tenía un aspecto, aunque apelmazado, natural. Y este era, por decirlo así, el único detalle «natural» del conjunto. Porque el resto del cuerpo (salvo, quizá, las uñas) estaba como petrificado, tal vez a consecuencia —supuse entonces— de un procedimiento de momificación muy poco usual.

Era fascinante la perfección alcanzada por el necrofílico y desconocido artista en su tarea conservadora; porque, pese a su aspecto pétreo, todas las cualidades de la vida parecían latentes en aquel cuerpo: brazos, senos, cuellos, mandíbulas, mejillas, estaban conservadas con tan absoluta fidelidad que no tuve por menos que recordar ciertas obras de Miguel Angel y, en particular, «La Piedad» que se encuentra en El Vaticano. Sólo el genio de Buonarotti había sido capaz de insuflar tanta vida al cuerpo muerto de Cristo, en esa composición escultórica, como para hacer comprensible y hasta creíble a los cristianos el difícil Misterio de la Resurrección. Pues bien, esa misma emoción experimenté contemplando la momia del Museo Británico. A través de sus ojos entreabiertos vislumbré tantos signos de vida que me hubiera producido un gran terror, pero ninguna sorpresa, verla incorporarse del féretro y empezar a caminar... Ese pensamiento acababa de cruzar por mi mente cuando alguien me golpeó de forma amistosa en el brazo. Como si hubiera adivinado la naturaleza de mis elucubraciones, un individuo estrafalariamente vestido a la europea, aunque de inequívoco aspecto oriental, me sonrió de forma ceremoniosa en extremo y luego, en un inglés perfecto, me dijo:

—Parece que va a despertar de un momento a otro, ¿verdad?

No tuve más remedio que asentir al extraño desconocido. Extraño, porque sus vivísimos ojos negros parecían fulgurar con los destellos de una antigua sabiduría. Tendría alrededor de cincuenta años; tal vez más, a juzgar por la nívea blancura de su barba. Sus ojos almendrados, grandes; su nariz ligeramente gan-

chuda, sus mejillas oliváceas, evidenciaban un origen egipcio genuino; el mismo de quienes profesan la religión copta para mantener una barrera infranqueable frente a sus actuales conquistadores, los árabes mahometanos.

—Esa mujer que está en el féretro —añadió— parece una momia, pero no lo es. Es una víctima del Innombrable, del Habitante del Laberinto, del Guardián que jamás duerme...

—Perdóneme —balbucí—, no entiendo...

—Lo entenderá a su debido tiempo, señor... Lo entenderá todo. Porque usted ha sido elegido, usted descubrirá el Laberinto y el secreto que en él se encierra. Pero recuerde lo que voy a decirle, recuérdelo bien y no lo olvide nunca: mantenga el corazón puro si quiere salir con vida de ese Laberinto, si no quiere que le ocurra algo infinitamente peor que la muerte.

Algunas otras cosas me dijo acerca del Laberinto. Del inestimable beneficio que de él obtenían quienes eran capaces de entrar y de salir. Pero también me dijo otras cosas tan terribles, tan difíciles de creer, que sólo en parte las he transcrito al principio de esta narración. Pensaba que estaba viéndomelas con un perturbado y le seguí la corriente; esperando, además, obtener la mayor información posible acerca de tan descabellada y curiosa leyenda. Pero aquel individuo parecía adivinar en todo momento lo que yo pensaba y no obtuve de él otros datos que los que él mismo me quiso proporcionar.

—Usted sabrá —me espetó—, usted lo sabrá todo..., a su debido tiempo. La Magia de Egipto no ha desaparecido con su civilización, porque es inmortal como la mirada de Akenatón. Usted ha sido elegido... Pero por ahora es mejor que no sepa... Todavía no...

Sin abandonar su afable sonrisa, el extraño individuo me tendió la mano. Tras estrechar la mía la llevó a su pecho, a la altura del corazón, en una expresión que quería ser de suprema cordialidad y que a mí, sin embargo, me resultó enigmática, tal vez por la rara

forma en que cruzó los dedos. Sus gestos eran majestuosos, solemnes y, sin embargo, naturales como podían haber sido los de un sacerdote de la Primera Dinastía. Luego se dio la vuelta, salió de la sala y desapareció, casi literalmente, a lo largo del corredor. En vano traté de reencontrarle por salas y pasillos. Habría sido engullido por alguno de los numerosos grupos de turistas que recorrían el Museo o, más probablemente —llegué a imaginar con cierta sorna—, se lo había tragado la tierra.

Hay hechos a los cuales no es posible encontrar explicación. Quizá ningún hecho las tenga, en su más oscura profundidad. Yo he renunciado a buscarlas. Especialmente, las de esos hechos que parecen relacionarse entre sí como cuentas de un collar ensartadas por leyes ajenas, tanto a la lógica como —hasta cierto punto— a la voluntad de quien se ve impelido a participar, por fuerzas de ignorada naturaleza, en ciertos acontecimientos excepcionales.

El hecho era que yo me había tropezado, inopinadamente, con el extraño visitante del Museo Británico; el hecho era que de pronto, sin saber exactamente por qué, sentí unos enormes deseos de visitar Egipto —como no los había experimentado desde la lejana adolescencia—, así como la premonición de que algo de capital importancia me esperaba allí; el hecho era que en El Cairo —y según todas las evidencias, de manera casual— me encontré con un papiro que hablaba del Laberinto (como me había hablado aquel raro personaje en el Museo Británico); y el hecho era, finalmente, que durante mi viaje a Ankor había tenido un extraño y terrorífico sueño, igualmente relacionado —sospeché— con el Laberinto.

Tal vez lo más sensato fuera regresar a Londres cuanto antes y tratar de olvidar el asunto... Pero yo nunca he querido ser «sensato» y ya he ido demasiado lejos. Estaba dispuesto, costase lo que costase, a encontrar el Obelisco y seguir su sombra hasta alcanzar la boca misma del Laberinto... o del Infierno.

Una inesperada claridad comenzó a bañar de plata la noche de Ankor. Por los tejados situados hacia el oriente se levantaba la luna llena. Es la noche del día dieciséis de abril, del caluroso abril africano. Se trata, por tanto, de la «Cuarta Luna con el rostro desnudo», de que hablaba el papiro. Dentro de pocas horas el sol iniciará una trayectoria similar. Si no quería que mi viaje resultara inútil, antes de que transcurrieran esas horas debería encontrar, cuanto menos, algún indicio de ese Obelisco desconocido...

Evidentemente, se trataba de una tarea de locos. Consulté el reloj. El sol saldría exactamente dentro de dos horas y media. Y yo me encontraba desorientado y perdido, en una ciudad desconocida. Y dispuesto, sin embargo, a llevar a cabo una tarea de carácter arqueológico cuya consecución, con un buen equipo de especialistas, hubiera requerido, quizá, varios lustros. Y ello, en el caso bastante improbable de que el supuesto Obelisco mencionado por el papiro fuese real.

Puedo ser un exaltado, pero no un demente. Ante la imposibilidad de la tarea que el destino parecía querer asignarme, me crucé de brazos. Los sueños más brillantes —reconocí— acaban en las decepciones más vulgares. Decidí renunciar a lo que tan alejado estaba de mis posibilidades. Me encontraba literalmente destrozado por el cansancio físico y la tensión nerviosa. La luna llena, al mirarme, parecía compadecerse de mi estupidez. Decidí echarme en el poyete del alminar las pocas horas que faltaban para la salida del sol. Reconocí mi fracaso y decidí también que al despertar de ese corto sueño emprendería el viaje de regreso a El Cairo. Y ello, pese a que apenas unos momentos antes estaba en disposición de vagar como un alucinado bajo la claridad lunar en busca de un imposible.

En un momento de lucidez observé que semejante vaivén de decisiones contradictorias bien podía ser considerado como un primer síntoma de perturbación mental. Tumbado en el poyete cerré los ojos, a

la espera de la benigna llegada del sueño. Pero el calor agobiante y la turbadora claridad de la luna le impedían el paso. También bajo el imperio de la luna chisporroteaban las ideas en mi cerebro.

Mis ojos se posaron distraídamente en las complicadas, pero armoniosas curvas del arabesco con que habían enlucido los muros del alminar. Constituían, en verdad, un espectáculo soberbio, iluminados por el foco mágico de la luna. Lamentablemente, el paso del tiempo y la incuria habían producido algunos desconchados, y en ellos se veía el primitivo muro de granito. Consideré extraño el empleo de esta piedra en construcción semejante, cuando casi todos los monumentos árabes de esta naturaleza estaban edificados en Egipto de ladrillo cocido. Empujado por la curiosidad y aprovechando la inexistencia de testigos, cometí una acción a todas luces sacrílega desde un punto de vista artístico: aumenté la superficie desconchada del arabesco con mi navaja, lo que dejó al descubierto un espacio mayor del muro de granito. El espanto y la satisfacción confluyeron con sus voces contradictorias en mi garganta, y lancé un grito: ¡El minarete estaba edificado sobre la base truncada de un Obelisco!

Era tan angustioso que creí, seriamente, estar a punto de perder la razón. Pero, al mismo tiempo, una euforia embriagadora me quemó las venas. No sabía si dar saltos de alegría o ponerme a temblar. Mi garganta, como horas antes, durante la pesadilla, volvía a estar seca. ¿Qué mano terrible me había guiado hasta la base misma del monumento? Saqué, una vez más, el papiro de su bolsa de cuero. No había duda: los dibujos de la piedra, aunque algo desfigurados por el paso del tiempo, coincidían punto por punto con los del papiro cairota. Vi la lanza de un guerrero, una estrella de cinco puntas, el rostro contraído por el dolor de un asirio barbudo, hecho prisionero por el ejército de un faraón desconocido, la mano de nieve de una princesa extranjera, en actitud de pedir clemencia... ¡Gran Dios! Todo aquello resultaba exce-

sivo para mi mente fatigada. Con la frente apoyada sobre el Obelisco me dejé arrastrar por el equívoco consuelo de las lágrimas hasta que, poco a poco, fui serenándome, y aguardé la salida del sol con la tranquila calma de un monarca que esperase recobrar su imperio.

He escrito las líneas anteriores amparado por el Obelisco, iluminado por la claridad lunar. Mi mano se ha deslizado por las hojas de este cuaderno a una velocidad de vértigo, a pesar de la fiebre que me consume. Mientras lo hacía he notado, a veces, la presencia de una sombra terrible sobre mi cabeza... Sé que el Guardián me aguarda, impaciente por comunicarme los secretos del Laberinto... ¡Algo peor que la muerte! En mi cerebro resuenan las palabras del Visitante del Museo... Su rostro terroso...! Si pudiera levantarme, olvidar, escapar de esta pesadilla...! Sé que es inútil, completamente inútil... El círculo está a punto de cerrarse, el sol empieza a despuntar sobre el Nilo. ¡El Ojo ardiente de Osiris me está indicando el camino...! Yo te venero, Dios Solitario, acepto la gracia de tu fuego antes de penetrar en las sombras de la Boca. ¿Podrá tu radiación poderosa purificar las miserias de mi alma?

* * *

Seguían unas palabras incomprensibles tanto por su grafía como por su oculto significado. Expresiones como gruñidos, como incoherentes onomatopeyas. En el raído cuaderno creí entender algo, sin embargo, relacionado con un Ser putrefacto que nunca duerme. La Losa Negra, la Garra, eran mencionadas también en varias ocasiones. Pero la incoherencia de los últimos párrafos denotaban claramente que la lucidez se había apagado por completo en el cerebro de su autor.

Este cuaderno apareció, junto a otros objetos personales, en la mochila de un extraño cadáver encontrado en el desierto, a cinco millas de Ankor, por una

caravana de beduinos. Como estaba escrito en inglés, los beduinos me lo entregaron, junto con la mochila, atendiendo a mi calidad de cónsul de Inglaterra en esta ciudad; pero se negaron, aterrorizados, a indicarme el lugar exacto donde, apresuradamente, enterraron el supuesto cadáver. Decidí, de todas formas, no llevar a cabo indagación alguna. Porque uno de los beduinos, incapaz de contener por más tiempo el horror, sufrió una crisis de histeria y cayó al suelo, gritando y pataleando. Cuando conseguí calmarle habló de que los ojos de aquel cuerpo, convertido en una repulsiva conformación pétrea, seguían moviéndose y moviéndose sin parar mientras caían sobre su cabeza las primeras paletadas de tierra.

PROXIMA APARICION



CRONOMETRO DIGITAL

EL DESAFIO

LA SOMBRA DE A. B.

LA HORA DEL DESQUITE

EL GATO DE OJOS AMARILLOS

NANA PARA UNA VICTIMA

EL INVIERNO DE ANA COLOMA

YO, VAMPIRO

LAS CUATRO GARGOLAS

RR

15

EL INGENIO CON RUEDAS

EL ATENTADO

EL SONIDO DEL PANICO

OJOS DE MANIQUI

ESCULPIDO A NAVAJA

SOMBRAS EN LA CATEDRAL

LAZARO VERSUS LAZARO

EL GUARDIAN DEL LABERINTO